El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA



"SALLY", por JORGE LARCO.



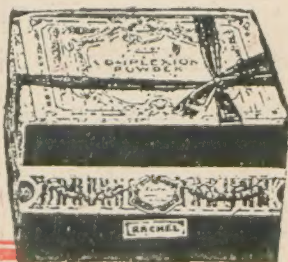
SYLVAN
TOILET WATER

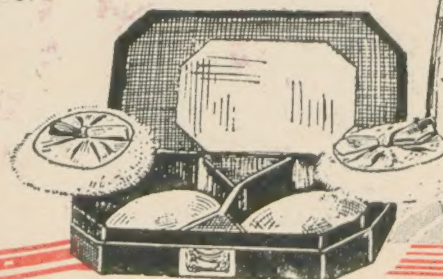


CREME



COLD CREAM







EMPRESA HAYNES
CASA EDITORA
393, CALLE MAIPÚ, 393
UNIÓN TELEFÓNICA 1472, AVENIDA

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA
(FUNDADA EN 1904)
APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Año	$ 9.— m/n.	Año	$ 11.— m/n.	Año	$ oro 8.—
Semestre	„ 5.— „	Semestre	„ 6.— „	Semestre	„ 4.—
Trimestre	„ 2.50 „	Trimestre	„ 3.— „	Trimestre	„ 2.—
Núm. suelto	„ 0.20 „	Núm. suelto	„ 0.25 „		
„ atrasado	„ 0.40 „	„ atrasado	„ 0.50 „		

El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR. — Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Casa de publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR:
CHILE, BOLIVIA — Alfredo Sánchez A.—C. de Correo 3536 Santa Mónica 2141, Santiago
URUGUAY.—A. Adami. Pza. Independ. 824, Montevideo
PARAGUAY.—E. D. Recalde, Bs. Aires 209, Asunción.

AÑO XVII — Buenos Aires, 3 de Diciembre de 1920 — NÚMERO 582

NOTAS Y COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

Los maestros y el chauvinismo

A propósito del proyecto sobre el voto profesional del magisterio, la Liga Nacional de Maestros, que representa el gremio, ha solicitado respetuosamente al Honorable Consejo Nacional de Educación que tire a la basura su disparatada fórmula de juramento.

Después de probar la inutilidad del proyecto, dice la Liga:

''El juramento, o voto profesional en este caso, es una forma arcaica, de carácter litúrgico, que en caso de ser restaurada para el magisterio correspondería aplicarla una sola vez, al recibir el diploma profesional. No sabemos si con esto saldría el docente peor o mejor.

El juramentto ideado por la resolución del Honorable Consejo consiste en una ceremonia humillante para el magisterio; involucra una sospecha gratuita, relaja el carácter y ofende el honor del maestro, al presentarlo como un delincuente, ante ''personas caracterizadas del vecindario'', más adineradas, sin duda, pero nunca más honorables que las maestras y los maestros. Para los niños, el profesor será un ente, que ellos deberán espiar y demandar.

El magisterio argentino, para cumplir honradamente con su deber, tal como lo exige ese Honorable Consejo, jamás ha necesitado pronunciar voto ni lo necesita ahora. Y en cuanto a desinterés, mayor no se le puede exigir a un gremio de oficio que no enriquece y cuya abnegación anda burlescamente en los proverbios.''

Nos parece muy bien.

Y nos parecería mejor que se solicitara el cambio de las autoridades pedagógicas.

¿Por qué no ha de estar frente al C. N. de E. alguien que entienda de educación, que sea maestro?

No alcanzamos a comprender por qué rige la enseñanza un psiquiatra, un químico, un biólogo, un profesor de flauta o cualquier cosa, en fin, menos un pedagogo, un profesional de la primera enseñanza.

Los que no entienden un buñuelo de la materia ¿qué hacen? Tratan de salir airosos del paso como aquellos ineptos autores teatrales que al final de sus bodrios dramáticos colocaban una apoteosis patriótica, con la cordillera de los Andes, la bandera y el himno. El público aplaudía, la patria seguía como antes y el arte teatral peor que nunca.

Lo mismo ocurre con el C. N. de E.

El escrutinio

Una vez más se ha demostrado que un escrutinio siempre puede hacerse en menos de ochenta días. Para conseguir este resultado no se necesitan más que tres cosas: actividad, actividad y actividad. Empero ¿si el padrón electoral sigue aumentando como hasta ahora, podrá la junta electoral mantener ese record? Para que pueda, no se necesitarán más que tres cosas: aumentar a ochenta mil los miembros de la junta electoral, aumentar a ochenta mil los miembros de la junta electoral y aumentar a ochenta mil los miembros de la junta electoral.

El boycott económico

¿Habrá aprobado el boycott económico la Asamblea de la Liga de las Naciones? Por lo menos, al entrar en máquina la dejábamos en tren de discutirlo. El boycott económico quiere decir la suspensión de las relaciones comerciales y financieras con los países que quebranten el convenio de la Liga. Se les dice a esos países, haciéndoles un pase: ''Ustedes están hipnotizados, ustedes no pueden comerciar con nosotros''. Pero lo malo es que los países no mantienen relaciones comerciales por pura galantería. Decretar el boycott económico contra un país, también quiere decir privarse de comprarle... y de venderle. Imagínese pues el lector la grita que se armaría en los países de los cuales ese otro fuese el principal cliente, y cuyo comercio se viese arruinado por obra del decreto de la Liga. A la segunda o tercera de esas pruebas, la Liga se quedaba sin socios.

El mejor negocio

No ponga usted un cine, ponga una panadería; es el mejor negocio. Ningún panadero se arruinó nunca, pero ¡cómo ahora!... Hubo un tiempo en que el pan de primera era caro, pero de primera. Hoy es más caro, y en lugar de ser de primera, es, a lo sumo, de segunda de preferencia. Lo único que no ha variado es el peso, que siempre se queda a mitad de camino. ¿Qué hacen los panaderos con la harina de primera? No se sabe. Más de la mitad de la harina que reciben de los molinos es de primera. Sin embargo... ¿Quizá los panaderos han encontrado la manera de transmutar las harinas? Pero en tal caso ¿por qué no transmutarían la harina de segunda en harina de primera, en lugar de hacerlo viceversa? Ello, en verdad, no se entiende. Lo único que puede asegurarse con certeza es que para ganar mucha plata sin que lo lleven preso no hay como ponerse de panadero.

Grosería



El.—En fin, ¿de qué se queja la sirvienta?
Ella.—Dice que la tratas groseramente... que le hablas como lo haces conmigo.

Intervenciones

Damos vueltas a la noria. En las diversas oportunidades en que al Ejecutivo Nacional se le ocurre intervenir provincias—estados soberanos que gozan de hipotética autonomía—la oposición brama y ruge... y el oficialismo ruge y brama.

El espectáculo, no por edificante, resulta menos entretenido; pero lo que desconsuela es comprobar cómo de ambas partes se repiten los mismos discos, ya en pro, ya en contra, y no hay motivo para ello. En política, según dicen algunos, no es menester razonar, sino actuar. ¿Para qué, pues, trenzarse en discusiones bizantinas? Que cada cual atienda a su juego... Al menos que ese juego consista, precisamente, en reprisar diatribas de unos y loas de otros.

Exigimos más variedad en los actores. De otro modo, corremos el riesgo de aburrirnos y así, con el tiempo, ya no creeremos siquiera en la dulce operación quirúrgica que todavía se llama ''intervención nacional''. De puro sobada, carecerá de interés, si es que ya ahora no carece de él...

Nuestro ciempiés

Cada vez que la población de Buenos Aires juega a la democracia municipal nos es dable a los mansos vecinos observar la injusticia irritante de la ley nacional de elecciones, la ley Sáenz-Peña según se le denomina.

Basta contemplar, en efecto, la heterogeneidad de que da muestras el Concejo Deliberante para comprender que él refleja de manera bastante exacta la heterogeneidad del cuerpo electoral porteño. Más, ¿ocurre lo própio con nuestra representación en el Honorable Congreso Nacional? No, ciertamente.

La culpa es de ese sistema de lista incompleta, cuyo método del ''mal tercio'' sólo consiente la entrada al Parlamento de dos fracciones políticas en cada circunscripción territorial. La representación de las minorías resulta así un mito, y buena parte de connacionales no logran enviar representantes al sagrado recinto de las leyes.

Esto no es justo. Si la Democracia ha de perdurar tiene, cuando menos, que corregir cuantas aplicaciones defectuosas la tornan injusta. El muñeco político argentino no es bípedo, con tantos partidos y partiditos va resultando un ciempiés, y forzoso es que todas las patitas un poco robustas del animalejo asienten la pezuña donde corresponde. Dicho sea metafóricamente.

¿CUÁL ES LA BELLE FERRONNIÈRE?

Sobre uno de los cuadros más famosos del divino Leonardo de Vinci se dicen en este artículo cosas interesantes cuya lectura nos parece altamente recomendable.

Un telegrama de París, fechado en 1.° de septiembre del corriente año y publicado en los periódicos de Nueva York, decía:

''La Belle Ferronnière, de Leonardo de Vinci, el famoso maestro de la escuela florentina y uno de los mejores pintores del mundo, llegó a Nueva York procedente de Francia destinado a una colección norteamericana.''

Antes de la guerra, este lienzo estaba avalorado en tres millones de francos; pero ahora los peritos en el arte aseguran que el cuadro pintado por el autor de ''Monna Lisa'' vale el doble. La Belle Ferronnière no se sabe a punto fijo quién era; según unos, era una española que fué a Francia con Francisco I cuando éste regresó de su prisión; según otros, era la mujer de un comerciante de hierro, un ''ferron'', y dicen algunos que no le llamaban a la bella dama Ferronnière porque su marido se apellidaba Ferrón. Sea como fuere, se sabe que fué una de las amantes de Francisco I, y que su marido, para vengarse del rey, se inoculó una terrible enfermedad mortal que pasó a su mujer y ésta contagió al monarca. Se supone que Francisco I sucumbió a esta enfermedad.

Cuando Leonardo de Vinci fué a Francia, encontró a la Belle Ferronière en todo su esplendor y viviendo con gran boato en el Hotel Barbette, y es más que probable que en aquella época pintase su retrato.

El pintor de la corte debió pintar el cuadro en aquellos días de triunfo y terror.

Otro retrato, atribuído también a Vinci, estuvo en poder de Luis XV, heredado de Luis XIV. Bailly, conservador de los cuadros reales, afirmó que el verdadero retrato de la Belle Ferronnière era el marcado con el número 1.605. En París había dos retratos pintados por Leonardo, los números 1.600 y 1.605, de la Galería del Louvre, y ambos dicen ser de la Belle Ferronnière; pero parece ser que ninguno de los dos lo es. Uno de ellos ha pasado a Norte América, y los yanquis pretenden que el que allí ha llegado es el auténtico.



''Retrato de mujer'', número 1605, del Louvre, copia del que dicen es el verdadero retrato de la Ferronnière.

El retrato que siempre se tuvo por el de la Belle Ferronnière, núm. 1600, del museo del Louvre.

Durante la guerra, el cuadro con otros varios y objetos de valor pertenecientes a particulares fué guardado en el Louvre; pero considerando el lugar poco seguro, las mejores obras maestras fueron llevadas a Toulouse y de allí parece ser que ha pasado a los Estados Unidos. El cuadro en cuestión, según la versión de un periódico yanqui, lo tenía guardado el aviador Hahn y pasó a su poder al casarse con la hija del capitán Lardoux, encargado de la defensa aérea de París, y éste a su vez era dueño del cuadro por estar casado con una descendiente de Chateaubriand.

Con el cuadro han llegado a América certificados firmados por Sortais, por el ministro de Estado y por el cónsul general de los Estados Unidos en París, declarando que es el original del cual es copia la que queda en el Louvre, pintado probablemente por un discípulo de Vinci.

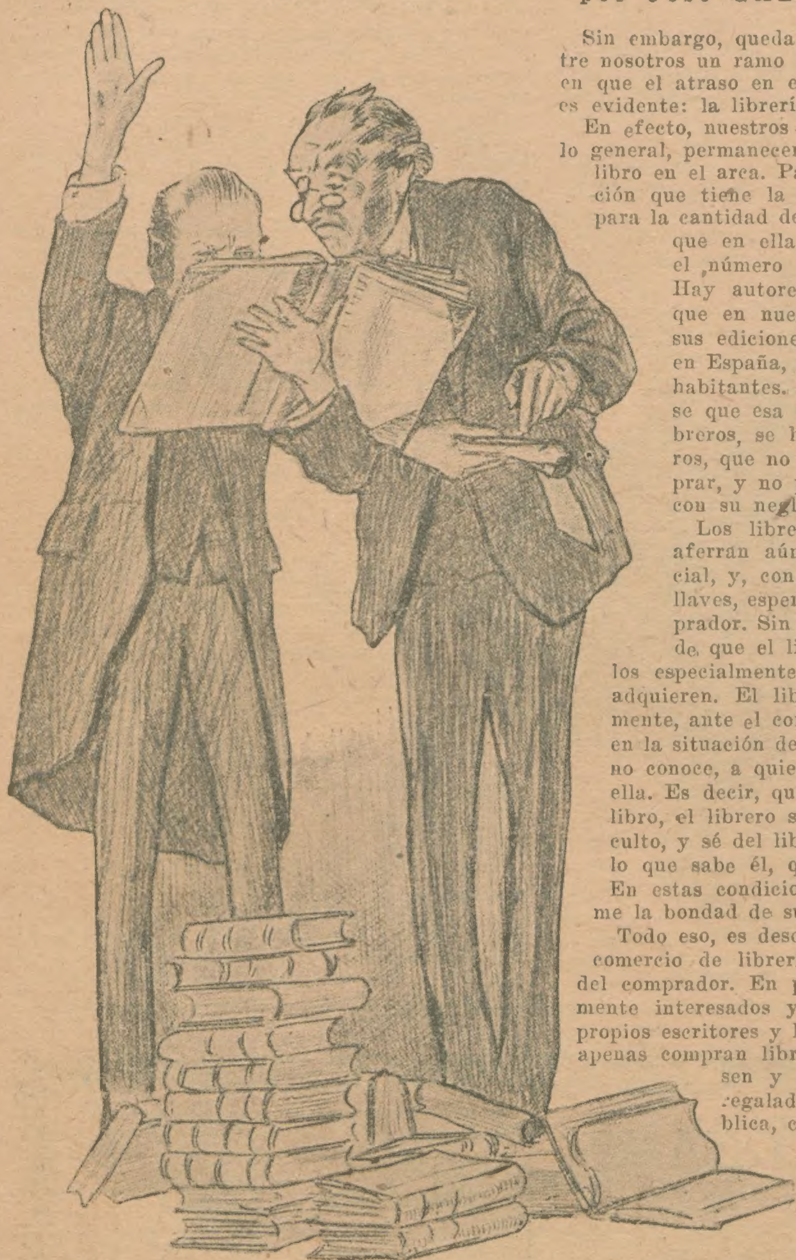
El cuadro que figura en el Louvre con el número 1.600, y que desde hace tiempo se dijo era el de la Belle Ferronnière, ha sido identificado con el de Lucrecia Crivelli, si bien hay quien dice que esa es pura hipótesis y persiste en que sea el de la amante de Francisco I. Ahora los otros quieren que el verdadero retrato sea el que tiene el número 1.605.

¿Cuyo es el retrato que el capitán Hahn ha llevado a los Estados Unidos?

¿El de la Belle Ferronnière, el de Lucrecia Crivelli, o el de ninguna de las dos?

EL LIBRO EN EL ARCA

por José GABRIEL



Un antiguo adagio español (antiguo, como han de ser todos los adagios), todavía hoy corriente entre los viejos aldeanos de la Península, dice: "El buen paño, en el arca se vende". En su laconismo impecable, el adagio (hermano gemelo de aquel otro no menos conocido: "La cuba de buen vino, no necesita bandera"), encierra toda una ética comercial. Es la ética del comercio primitivo, cuando, por falta de competencia y por limitación de su radio de acción, los comerciantes no necesitaban pregonar sus mercaderías para venderlas.

¿Qué necesidad de poner en escaparate sus paños iba a tener el tejedor o el pelaire que había de venderlos precisamente a quienes convivían con él en el telar? Por eso el adagio perdura aún en los lugares donde las condiciones comerciales siguen siendo las primitivas.

Modernamente, el concepto sobre el particular es otro. La competencia comercial es cada vez más intensa, y el campo de sus operaciones apenas reconoce límites. El paño, pues, debe ser sacado del arca, por bueno que sea, so pena de criar moho y no venderse jamás. Así, el comerciante puede decir hoy:

"El buen paño, en la vidriera se vende", o "La cuba de buen vino, necesita bandera". Es de Norte América y de Alemania, principalmente, de donde nos ha venido esta nueva ética comercial, engendrada por nuevos hechos.

En Buenos Aires (no hablemos todavía del resto del país), el incremento del comercio tenía necesariamente que inclinar a los hombres hacia el nuevo concepto de la venta. Y los ha inclinado. De dos o tres años a esta parte, sobre todo, nuestros comerciantes se han entregado de lleno a la propaganda, cada día más técnica y más perfecta.

Sin embargo, queda todavía entre nosotros un ramo del comercio en que el atraso en este respecto, es evidente: la librería.

En efecto, nuestros libreros, por lo general, permanecen aún con el libro en el arca. Para la población que tiene la República y para la cantidad de analfabetos que en ella predomina, no es escaso el número de libros que se vende. Hay autores españoles, por ejemplo, que en nuestro país sólo colocan de sus ediciones tantos ejemplares como en España, con casi tres veces más de habitantes. No obstante, puede decirse que esa venta, más que por los libreros, se hace a pesar de los libreros, que no ayudan al público a comprar, y no pocas veces se lo impiden con su negligencia.

Los libreros, a lo que parece, se aferran aún a la vieja ética comercial, y, con su mercadería bajo siete llaves, esperan tranquilamente al comprador. Sin duda, se tiene la creencia de que el libro es un objeto que sólo los especialmente interesados y entendidos adquieren. El librero, se coloca, probablemente, ante el comprador en esta situación: en la situación de quien vende una cosa que no conoce, a quien tiene competencia sobre ella. Es decir, que si yo voy a comprar un libro, el librero supone que soy un hombre culto, y sé del libro que me vende más que lo que sabe él, que no lo ha leído jamás. En estas condiciones, ¿para qué encarecerme la bondad de su mercadería?

Todo eso, es desconocer las condiciones del comercio de librería y la psicología misma del comprador. En primer lugar, los especialmente interesados y entendidos, esto es, los propios escritores y los estudiosos sistemáticos, apenas compran libros, y aunque los comprasen y no los leyesen prestados, regalados o en la biblioteca pública, como suelen, son tan pocos que no bastarían para sostener una sola tienda. Por otra parte, el comprador, aun de esos pocos interesados, rara vez entra en una librería con deseo de comprar un solo libro. Bastará que el comerciante sepa presentarle otros libros, especialmente si son afines con la materia del que pide, para que adquiera dos, tres o más; sobre todo, hará que compre otro si del que solicitaba no había. Este comprador que adquiere libros que no buscaba, por especial atracción, y el que los compra porque es rico y tiene el afán de formarse una biblioteca numerosa, son los que el librero debe aprovechar, y para eso, necesitará de la propaganda.

Pero ¿por qué nos permitimos dar estos consejos a los libreros? No, por cierto, por velar por sus intereses particulares (que no tenemos por qué defender). Tratamos de la cuestión, porque en ella van comprendidos en primer término los intereses de los autores y, por consiguiente, de la cultura en general; y de los autores, particularmente, los argentinos.

No puede todavía, ni podrá en mucho tiempo, el libro argentino competir ventajosamente con el extranjero. En un caso (en el de los libros de versos), no creemos que los que nos vienen de fuera sean mejores que los que se producen aquí. Pero el libro de versos, es un renglón reducidísimo de la librería. El comercio de libros, descansa sobre la base de la prosa literaria (novelas, cuentos, narraciones, glosas, etc.) y, en seguida, sobre la prosa filosófica y científica, y en estas materias, exceptuados los cuentos de Horacio Quiroga (que también tienen poca venta, inexplicablemente), no ofrecemos aún al público lector productos equiparables a los europeos y norteamericanos.

Sin embargo, para quien conozca nuestra plaza de librería, será indiscutible que desde hace unos pocos años el libro argentino empieza a ser leído extensamente. Aparte de una mejor calidad en las obras, ¿qué falta todavía para que se lean más? Falta la preocupación de los libreros.



Actualmente, en el caso mejor se vende la primera edición de un libro. Cuando aparece, se le tiene quince días en los escaparates, otros quince en el mostrador, y luego, al arca, a los anaqueles, a los depósitos. Es, en efecto, un hecho notable, que los libros argentinos, cuando se venden, se venden, a lo sumo, durante tres, cuatro, seis meses. Después, es libro muerto. ¿Ha desaparecido el interés público? En muchos casos, sí, porque el libro suele ser pésimo y sólo la propaganda de los diarios amigos puede darle una notoriedad momentánea; pero, en otros, en muchos, el libro no merece la misma suerte, o bien sobra un interés bibliográfico o histórico, y, sin embargo, desaparece lo mismo.

Es que los comerciantes de libros no saben venderlos. Cuando se los traen los editores, los colocan a vista del público, y eso si media un buen tanto por ciento de ganancia; pero pasó el primer momento, y no se los vuelven a ofrecer al lector. En algunas ciudades del interior, sucede más; sucede que los libreros ni piden ejemplares en consignación quieren; y los lectores interesados y entendidos (no digamos los demás), se ven obligados a pasarse de mano en mano media docena de ejemplares que les llegaron directamente.



Si los autores quieren defender sus intereses, aunque no más sea por propagar sus obras, sin miras de lucro, lo primero que deben hacer, es obligar a los comerciantes a eso: a sacar el libro del arca. Mientras tanto, no se conseguirá empezar a vender el libro como debe venderse y a obtener de él el producto merecido.

CON FRANQUEZA

por Roberto BUENO

Rosalía era una muchachita tan linda como supersticiosa.

Desempeñaba modesto empleo en una casa comercial y así, lejos de ser gravosa a los viejos, contribuía a hacer más llevadera la estrechez de la vida.

Todos los sábados iba a casa de la moza una gitana andariega y marrullera como todas las de su estirpe, que vendía telas y baratijas de escaso valor, procedentes de saldos y quiebras, y de paso decía la buenaventura con tanta habilidad como jamás la había dicho ninguna otra gitana en el mundo.

—Vamos a ver, capullito de rosa... ¿qué tristeza le amarga hoy la vida?... Dígamelo.

—¿A mí?

—Sí, a usted: no me lo niegue... ¡Si se le está saliendo la pena a borbotones por esos ojitos que son dos luceros!... ¿Quiere que se la diga?... Vamos a ver si eso tiene arreglo, preciosa.

—No, no tiene arreglo.

—No hay que desanimarse, chiquita... ¡Se la voy a decir!... Venga esa mano.

Y la gitana, que conocía y explotaba la superstición de Rosalía, se salió con la suya, como siempre, y le dijo la buenaventura a cambio de unas monedas.

Esto pasaba irremisiblemente todos los sábados del año, porque la pena de la muchacha y las marrullerías de la gitana eran eternas.

Es decir...

La pena de la moza fué "eterna", hasta que un día le salieron dos candidatos formales en el baile de cierta sociedad de recreo, al que asistía los domingos con otras compañeras.

Porque la pena de Rosalía consistía en eso: en la falta de novio.

Iba ya para los veintidós abriles; era una de las muchachas más lindas del barrio; gozaba del mejor concepto, y, sin embargo, no conseguía pescar un hombre a quien pudiera decir que sí ante el cura de la parroquia o ante el juez, mientras que otras, ligeras y casquivanas, lo conseguían.

Se arreglaba delante del espejo; se dió a coquetear que era una delicia; echó el anzuelo siempre que se le presentó ocasión propicia... pero nada. No picaban.

El hombre apetecido no parecía por ninguna parte.

Pretendientes sí los tuvo, pero, o no venían con los fines honestos que ella quería, o eran demasiado listos para caer en la trampa del registro civil.

Ella precisaba un hombre propenso a perder la razón.

Los hombres tienen también su cuarto de hora: ese cuarto de hora en que pierden el juicio y dicen a la novia: "Me caso".

* * *

Le salieron, como he dicho, dos pretendientes a Rosalía.



Aquel mismo día se decidió.

Uno, joven, así como ella, lindo mozo, gracioso, criollo neto, más criollo que el mate amargo... ¡El tipo que había soñado!

El otro, viejo, bien conservado, con bastante plata y que sabía vivir. Para muchas solteronas podía ser una verdadera proporción, una pichincha.

—¿Qué hago yo?—se preguntaba constantemente Rosalía.—Los dos me quieren, los dos me convienen, los dos me piden que elija... pero con los dos no me puedo casar. No sé qué hacer...

Y un buen día, cuando más pensativa estaba, preocupada e indecisa para elegir entre ambos candidatos, llamaron a la puerta.

Era la gitana.

Entró, se dió perfecta cuenta de la preocupación de la moza, largó media docena de zalamerías... y, por última vez, le dijo la buenaventura.

* * *

Aquel mismo día se decidió.

Eligió al viejo, se arreglaron las cosas rápidamente y se casó con él un mes después.

El pobre hombre estaba ebrio de felicidad, pero no le cabía en la cabeza la determinación de Rosalía, y por más vueltas y revueltas que le daba al asunto, no se explicaba satisfactoriamente la preferencia de que había sido objeto. Ponía en parangón sus prendas personales con las del candidato desairado, y no tenía más remedio que hacer justicia y verse muy inferior a éste. ¿A qué podía obedecer entonces su elección? El quería saberlo, necesitaba saberlo. Así es que, cuando fué ya el marido, quiso salir de dudas.

—Dime, Rosalía... Con toda franqueza: ¿cómo y por qué te has decidido a darme tu mano, desairando al otro?

—Te lo voy a decir. Es muy sencillo. Oye: no sabiendo qué hacer, y dudando a quién de los dos elegir para esposo, tuve el capricho de que me dijeran la buenaventura.

—¿Y? ¿Qué te dijeron? Con franqueza. ¿Qué te dijeron?...

—Me dijeron que había de casarme dos veces, y que mi primer matrimonio sería de poca duración. Entonces—pensé yo—me caso con el viejo, que se morirá pronto, y al otro me lo reservo para después.

DESDE LA PLATEA

"Fn un rincón de la selva", en el teatro Florida

por José León PAGANO

"En un rincón de la selva", se titula el drama en tres actos, que nos diera a conocer la compañía del teatro Florida. Con esta obra hace el doctor Ricardo A. Paz su primer ensayo escénico, y el espectador atento le ve moverse con desenvoltura, ir donde se propone y alcanzar su objetivo, sin vacilar, absolutamente dueño de sí mismo. Hay en él, pues, un hombre de teatro: conoce todos los recursos para adueñarse de un auditorio y, lo que es más, para sorprenderle. Bástenos recordar el final del primer acto, que importa un episodio muy feliz, acaso el de mayor eficacia en el conjunto de la obra. Veamos, ahora, su contenido.

Pretende el autor trasladar a la selva indígena el fatalismo clásico, con todo el misterio de sus causas convergentes. Su propósito es manifiesto. Y si no logra la potencia suasoria adecuada es fuerza reconocer lo encomiable del intento.

El drama se desarrolla en un bosque tropical de la república. Allí, en la espesura sombría, ha construído Juan su choza. Le acompañan Rosa, su mujer; Bernardo y Miguel, hijo y sobrino, respectivamente. Pero Rosa no es madre de Bernardo: Juan casó con ella en segundas nupcias. Hay entre ambos una diferencia de edad que hace doblemente angustioso el aislamiento de la selva, "donde nunca penetra el sol". Tras breves escenas preparatorias, advertimos que Rosa ha delinquido, arrebatada por un amor culpable. A partir de aquí, el drama cobra un interés que se aguzará en su desarrollo progresivo. Ya entrada la noche, Juan se aleja de la cabaña con un misionero franciscano. La ausencia será prolongada. El amante no lo ignora, y protegido por la sombra, acude. Rosa se abraza a él en la oscuridad. Y cae el telón. ¿Quién es? No fué posible identificarle. ¿Es Bernardo? ¿Es Miguel? La incógnita no se despejará hasta el final del drama. Todo el segundo acto se agita en torno de ese interrogante.

Juan regresa impelido por un desperfecto del vehículo y por la tempestad que hacen imposible el viaje. El amante logra ponerse en salvo. Juan le ve huir, pero no consigue indentificarle. Y sigue aquí una escena que sorprendió no poco a los espectadores del Florida. El autor provoca una situación y la afronta sin atenuar ninguna violencia. Por momentos, evoca el repertorio regional de Grasso. Tiene su ímpetu, su mismo desborde incontenido.

Juan, atenaceado por la afrenta, quiere saber quién es el fugitivo. Pero se debate en vano. Rosa calla, y también calla Amancay, la sirvienta encubridora. Ante el silencio obstinado de ambas mujeres, Juan se exalta hasta la brutalidad. Ya no es un hombre que indaga: es la fiera que ruge. Mas todo es inútil. Las palabras restallantes, chocan contra un muro invisible. Rosa escucha todas las injurias y soporta la vehemencia del hombre herido por la traición. Una sola cosa la torna rebelde: el ultraje hecho a la memoria de su madre. Juan atribuye la caída de Rosa a una ley de herencia. Es—dice—un retoño de la sangre impura. Entonces, la mujer devuelve el agravio y pone en sus palabras la más cruel de las ponzoñas. Y delata en el hijo de Juan a su cómplice. Armado de un hacha, el marido se precipita contra Rosa para hacerse justicia, mas la intervención oportuna del misionero se lo impide.

Luego, en el acto siguiente, Rosa confiesa al franciscano la verdad: su amante es Miguel. También se lo revela a Juan. Pero éste ya no presta fe a sus palabras. Y llegamos al desenlace. El culpable no tardará en volver, protegido por la noche. Pero esta vez caerá bajo el filo de su puñal. Rosa, aterrada, trata de impedir la monstruosidad de ese acto. Juan la encierra en una habitación contigua, desde donde grita la inocencia de Bernardo. Juan no la escucha. Poco después, la cabaña queda en la sombra. Un hombre se presenta en el vano de la puerta. Juan se lanza sobre él, y lo hiere. Al hacerse la luz, ve a Bernardo tendido a sus pies. En el paroxismo de la exaltación, Juan corre a la estancia contigua, pero Rosa ya no está allí: ha huido con su amante.

El tema central, según puede verse, es lógico. Si algo menoscaba la obra del señor Paz, es el exceso de incidencias que se acumulan sin desarrollarse. De ahí, también, algunos recursos en extremo efectistas, contrarios al equilibrio de la obra misma. El diálogo, demasiado "escrito" a ratos, es con frecuencia animado, y adquiere un signo innegable en los momentos dramáticos. Bastan, para evidenciarlo, la narración de Rosa en el acto primero, y la escena final del segundo.

"En un rincón de la selva" justifica, sin duda, no pocas restricciones, pero revela un escritor y un hombre dotado para alcanzar éxitos muy legítimos en la literatura dramática.

"Más fuerte que nosotros", en el Apolo

por José A. ORIA

La producción estrenada por el señor Arturo Abalos con el título de "Más fuerte que nosotros" contiene una tesis algo confusa y un argumento no muy claro.

La tesis es allí desenvuelta por cierto abogado que, siglos después de Hobbes, descubre en los actos humanos de apariencia más desinteresada, raíces egoístas; y que, en cierta escena del primer acto, antes de que nada lo justifique, nos reedita, diluyéndolo, el conocido aforismo de Planto: "el hombre es el lobo del hombre".

Pero si ésta es la tesis probable de "Más fuerte que nosotros", la demostración que de ella se hace no resulta siempre satisfactoria.

Para comprobarlo, resumiremos brevemente el argumento desarrollado por el señor Arturo Abalos.

De vuelta de un viaje por Europa, Augusto Rivara sabe, no sin sorpresa, que su prosaico amigo Jorge Galíndez se ha conquistado rápidamente una reputación como literato y acaba de contraer enlace con cierta joven viuda, aun más prendada de su talento que de su persona.

No bien ambos amigos quedan solos, Jorge confiesa amargamente la verdad: él no es ni poeta ni dramaturgo; a semejanza de tantos literatos de nuestro país, él no ha hecho más que poner su firma al pie de los versos escritos por otros y de las piezas de teatros en que solamente podían corresponderle los entreactos. Las poesías y dramas que le han proporcionado su reputación literaria, pertenecen precisamente a su interlocutor, a ese mismo Augusto quien, al partir para Europa en seguimiento de una coqueta, los confió a su amigo Jorge.

Augusto Galíndez, el expositor nada novedoso y poco convincente de la tesis utilitaria aludida, procede en este caso, sin embargo, con gran generosidad. Lejos de indignarse por el despojo intelectual de que es víctima, no tan sólo lo disculpa y lo encubre, sino que se presta a prolongarlo: como Cyrano para Cristián, Augusto forjara anónimamente la producción literaria que Elena, la esposa de Jorge, ama y admira como de éste.

En ese mismo primer acto, Augusto, que debía estar preparado a ello por su filosofía desengañada, descubre con indignación que Jorge es un egoísta, pues rehuye la presencia de un ex compañero de juventud tan meritorio como desinteresado; en el segundo acto, ese descubrimiento se completa con el de otra fechoría de Jorge, el abandono de una joven infamada por él.

Una imprudencia del propio Augusto—por no calificar su conducta aun más duramente—revela a Elena la inanidad del prestigio que la deslumbraba en su esposo. Esta comprobación crea entre ella y Augusto relaciones aun más estrechas.

Y, en el último acto, cuando Jorge conoce esas relaciones y sabe descubierta su superchería, estrangula a su esposa.

Si esta obra no lo fuese de tesis—y de no serlo así lo sería de divagación,—las fluctuaciones en la conducta de los personajes, podrían ser, debidamente observadas, características de una más intensa humanidad en la contextura escénica de aquéllos. Pero dichos personajes no son menos irreales que ilógicos. Ninguno de ellos sabe vivir, ni la vida de los símbolos ni la de los hombres.

La misma intención docente del autor, la de mostrar un conjunto de seres impulsados por la misma racha egoísta, priva a su drama de esa variedad etológica, de esa contingencia casual que hacen que la vida desborde y quiebre todos los sistemas en que se pretende encerrarla.

Si bien es cierto que el señor Abalos plantea su obra con dichas premisas egoístas, no hay en ella un solo personaje básico que las mantenga. Hasta Jorge, que es, sin duda alguna, el menos simpático, cuenta en su haber con algunos rasgos de desprendimiento. En primer lugar, su mistificación no ha sido tramada para satisfacer su vanidad, sino para conquistar a la mujer amada; además, si usurpa a su amigo el renombre artístico, le entrega el rendimiento pecuniario que ese renombre produce y una declaración de su puño y letra en que tiene el valor de confesar su superchería. En cuanto a los demás caracteres, todos desmienten la tesis originaria, no menos frecuentemente de lo que la confirman y diluyen en una retórica balbuciente y en una filosofía harto pueril los adarmes de realidad que hay en ellos.

La acción es lenta, tropezona y confusa.

Y, con todo, en algunos momentos—por ejemplo, el diálogo entre Jorge y Augusto del tercer acto,—se advierte en el autor de "Más fuerte que nosotros" a un posible creador teatral de mérito.

Lo seguro es que—a pesar de la interpretación encomiable que da la compañía del Apolo a este drama,—si alguna vez produce el señor Arturo Abalos obras valiosas, éstas no se parecerán en nada a la que motiva estos comentarios.

Indignación



—¡Y esto pretende ser un diario de deportes! ¡Ni una palabra dice de los tres goals que hice yo ayer!

P A R A   L A   G E N T E   M E N U D A

EL CUENTO DE LA ABUELITA

por "LA ABUELITA"

EL EGOÍSTA ARREPENTIDO


El niño protestó.

Roberto, como tantos otros niños irreflexivos, era un poco egoísta. Todas las noches tomaba una copa de leche como complemento de su cena. Pero un día una pobre mujer pidió un poco de leche a la madre para su nena enferma. Y Roberto se quedó aquella noche sin su leche.

El niño protestó diciendo que la leche era suya y que nadie tenía derecho a tomarla.

Al otro día la madre llevó a Roberto a casa de la vecina pobre. El niño, que no era malo, se estremeció al ver tanta miseria y se conmovió viendo el agradecimiento de la pobre mujer, que besaba la mano de su madre agradeciéndole la leche de la víspera.

—¡Si viera usted qué bien y qué tranquila durmió mi nena toda la noche!

Por la noche Roberto dijo a su madre:

—¿Me permites llevarle mi leche a la enfermita de al lado?

—Sí, hijo mío.

Poco después volvió contentísimo.

—Mamá, la niña se tomó toda la leche y la pobre madre me ha dado muchos besos y ha dicho que yo era un niño muy bueno!

—¡Dios te bendiga, hijo mío!

—Y te aseguro, mamá, que mi leche debía estar muy buena, porque la tomó la niña con una alegría... Pero a mí me ha gustado más que ella se la coma.

Así aprendió Roberto que la falta de egoísmo suele ser causa de placeres santos.

LA ENVIDIA

Helado el corazón y el alma loca,
implacable en el odio que la inspira,
ennegrecen sus ojos cuanto mira
y mancha con su mano cuanto toca.

El bien ajeno su furor provoca,
y en las sordas tristezas de su ira
envenena el ambiente que respira
y es su lengua puñal, y es hiel su boca.

Así nace, así vive, así perece;
el tormento que más la desespera
está en el menosprecio que merece;
y si alguna virtud tener pudiera,
con el rencor que todo lo aborrece,
a sí misma también se aborreciera.

UN PEINADO EXTRAVAGANTE


Negros de Karamoyo con su peinado.

En Africa hay negros coquetones que gustan de acicalarse como las mujeres.

Estos negros son los de Karamoyo, en las fuentes del Nilo. Allí se estila que los hombres se dejen crecer el pelo y luego lo amasen con arcilla, formando una especie de moño pastoso, que dejan secar al sol después de clavar en él palitos, huesos y otras zarandajas.

De este modo llevan siempre sobre el cogote una especie de almohada durísima y pesada, que para un civilizado sería a la vez una porquería y un estorbo, pero que en Karamoyo constituye una prueba de elegancia y distinción.

UN BUEN GUARDIAN


El jardinero que esperaba a su amo siempre, como si estuviera a punto de llegar.

Para los que abandonan y olvidan sus obligaciones en el momento en que no hay nadie que los vea, parece escrito el siguiente relato de un turista.

"Llegué—dice describiendo un viaje—a Villa Areconati, al lado del lago Como, que es la joya de la corona de los Alpes, en Italia. Un jardinero abrió la pesada puerta y me condujo por el jardín.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?—le pregunté al jardinero.

—Veinticinco años.

—¿Y con cuánta frecuencia ha visitado esto su amo?

—Cuatro veces.

—¿Cuándo estuvo la última vez?

—Hace dos años.

—¿Le escribe?

—Nunca.

—¿Con quién se arregla usted?

—Con el encargado en Milán.

—¿Viene éste con frecuencia?

—Nunca.

—¿Quién viene por aquí, entonces?

—Estoy casi siempre solo; muy pocas veces se ve algún forastero.

—Y, sin embargo, usted tiene el jardín tan bien arreglado y hermoso como si su amo fuese a venir mañana.

—Hoy, señor; como si fuese a venir hoy—fué la respuesta del anciano.

EL ELEFANTE BLANCO


El elefante blanco.

Fournier, en "Los animales históricos", dice: "La historia menciona las guerras encarnizadas que tuvieron lugar entre los príncipes de la India, disputándose la posesión de un elefante blanco. Y en estos desacuerdos, cuya causa os parecerá fútil, perdieron la vida y el trono algunos reyes y fueron arrasadas a sangre y fuego extensas comarcas.

Eliano cuenta que un señor indio, habiendo encontrado un elefante blanco de cría, lo amaestró con gran cuidado. Este animal le servía de cabalgadura ordinaria y le daba constantes pruebas de cariño.

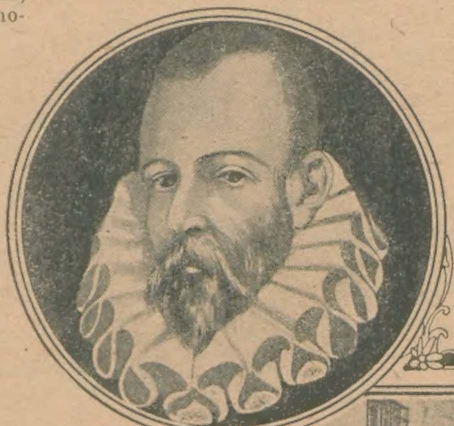
Informado el rey, lo pidió para sí; pero el dueño, no queriendo darlo y sí evitarse las consecuencias de una negativa, huyó con su elefante a las montañas, donde le persiguieron por orden del rey. El fugitivo se defendió sobre una elevada roca, evitando las flechas y arrojando piedras, ayudado por su elefante, que sabía lanzarlas con mucho tino. A pesar de tan heroica resistencia, los soldados consiguieron subir; y entonces el animal, furioso, derribó a muchos con su trompa, los pisoteó y puso a los demás en fuga, recogiendo luego a su amo, que se hallaba herido, y retirándose con él.

LA ETERNA LOCURA

por José G. ANTUÑA

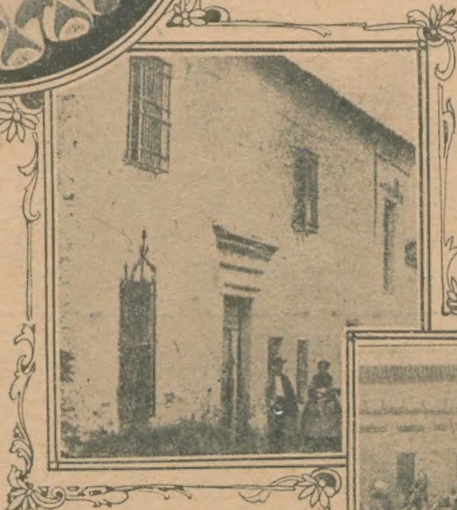
Es en verdad arriesgada la empresa que — ora por temeraria audacia, ya por incapacidad para aquilatar el propio esfuerzo, sea por el afán sincero y noble de superarse a sí mismos — acometen aquellos que imaginan y escriben los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", imitando o continuando su concepción genial.

Es así que ha habido de todo entre los que se lanzaron a tan escabrosa tentativa, desde aquel malévolo contemporáneo del glorioso "manco" que tanto pudo ser Alonso Fernández de Avellaneda, como el famoso fraile aragonés, confesor de Felipe III y favorito del duque de Lerma, a que se ha referido el rancio noticiero bibliográfico de Rivadeneyra, hasta los innumerables "continuadores" que se sucedieron durante los trescientos años siguientes a la aparición del ingenioso Hidalgo de la Mancha, y a los cuales es necesario agregar ahora el nombre de Horacio Maldonado.



Retrato de don Miguel Cervantes.

"Il est terriblement difficile, presque impossible, de tirer une œuvre d'un chef d'œuvre", dijo Emmanuel Arene, el famoso crítico de "Figaro", cuando Jean Richepin quiso introducir a "Don Quijote" en París por la puerta de la Comedia Francesa. Y no es menos terriblemente difícil, en la novela que en el teatro, ese frustráneo empeño de tres siglos por imitar lo inimitable, pues que inimitable es la figura del manchego loco, no tanto por su aspecto fabuloso y andantesco, sino por el rasgo único y genial que lo caracteriza, por el símbolo que lo anima, por el sumo ideal que lo agita, que si bien puede ser común a todos los lugares y todos los tiempos, se halla tan consubstanciado en la obra magna, con su espíritu, con su gesto, con su época, con su moral, con su lengua, con sus costumbres, con su "ingenio" intrasplantable e inadaptable, que las imitaciones sobre todo aquello que se han tentado con pedantesca osadía, han resultado sombras lamentables sin cuerpo y sin alma, lo mismo cuando Avellaneda desviándose del sentido íntimo del original tan sólo porque le faltó el genio creador, y esfumando los recios caracteres de la obra cervantina, sólo llega a concebir algo nuevo en aquel grotesco tipo de Bárbara reina de las Amazonas; lo mismo entonces que cuando el ecuatoriano Montalvo con énfasis inaudito acometió la empresa con el propósito, según declarara, de "escribir un Quijote para la América española", porque, de acuerdo con su propio criterio, "la fábula de Cervantes de nada tiene, menos que de original porque libro de caballería era y peste de su tiempo eran los tales, ya que asunto, estilo, lenguaje, escenas, todo es en el Quijote pura imitación de Amadís de Gaula, de Belianís de Grecia, Palmerín de Inglaterra y más adefesios que eran las delicias del señor don Carlos V y sus fantásticos y aventureros conterráneos".



La casa donde según la tradición escribió Cervantes la primera parte del Quijote, sita en Argamasilla de Alba.

Si pensando de tal modo se puede intentar la imitación, no existe mejor camino para el fracaso que ese intento, porque fracasados fueron aquellos que frente al más grande monumento de las letras castellanas, no pudieron, porque no lo quisieron acaso, sentirlo, interpretarlo, admirarlo en toda su maravillosa sublimidad.

Lejos de ellos el autor de "El sueño de Alonso Quijano". Labor modesta e inspirada su labor de devoto de la musa cervantina. Así surge de las propias palabras luminares de su libro, que compara a una "chispa desprendida del luminosísimo astro que creó Cervantes". No ha surgido para llenar un vacío, ya que su autor comienza por advertirnos que "no es una glosa del de Cervantes", sino antes bien una "evocación" intensa y honrada del bueno de Quijano en los días que precedieron a su locura augural, mientras transcurrían plenos de paz aldeana los últimos instantes de su cordura y las primeras zozobras de su imaginación.

Sólo así resultan respetables, sólo así son plausibles estos "quijotismos" literarios que aciertan a salvar con tino las fundamentales distancias, pues que están cimentados en la alta compresión del libro inmortal.

Y tórnase de tal modo simpática en nuestros días esa tendencia de volver hacia él al espíritu contemporáneo como a un venero de salud moral y de nobleza artística capaz de desintoxicarlo del snobismo "futurista" que lo amenaza. Y no era otra cosa lo que demandaba Darío como una gracia a "nuestro señor don Quijote", cuando pedía en sus "Letanías" líricas que tanto como de las academias, de las tristezas y los dolores, lo librara de los "superhombres" de Nietzsche, que pululan con olímpico ensimismamiento por todas las calles de Dios y del arte como aparecido que fingen despreciar, porque no comprenden a esa obra, piedra angular de la raza, milagrosa pirámide del genio latino.

Siente Maldonado una honda vocación cervantesca. Su libro está saturado de ese numen, y de aquí que su aporte puede ser eficaz para los fines referidos.

Si no fuera por determinación propia y espontánea, habríamos de volver los ojos hacia la fuente de la lengua común en emulación a esos esfuerzos provenientes de aquellos que, hablando lenguas extrañas, han echado las bases de instituciones florecientes con el solo objeto de estudiar la obra del glorioso español: en Inglaterra, Burke; en Estados Unidos, La Hispanic Society of America, que celebrara en homenajes magníficos el tercer centenario de Cervantes.

Es natural que para quienes no consideran el Quijote sino como un trasnochado folletín de caballería, que no tuvo otro objeto que acabar con el "andantismo" por la saturación del ridículo, una literatura así inspirada en el viejo modelo no pasaría de un vano y extravagante sport satírico, no pudiendo existir ya ni siquiera aquel ilusorio empeño de profilaxis social.

Acaso porque fué juzgada y sentida de manera tan pedestre, la obra maravillosa, pudo surgir allá en los Alpes la "Doña Quichotta" de Peyrebrune, a que se ha referido en frases pintorescas Alberto Insúa en uno de sus libros, y fuerza es reconocer que siendo de tal modo juzgada y sentida su clara filosofía, ella resulte bastante inferior no ya a las producciones de la época desde "Lazarillo de Tormes" al "Guzmán de Alfarache", sino que también a no pocos de los novelones disparatados de los Espladianes, los Caballeros de Febo y Tirante el Blanco, y aún mismo al famoso novelón apócrifo que pretendiera proseguir la historia quijotesca presentando a "Martín Quijada" en Castilla la Vieja, de nuevo dominado por la fiebre de las aventuras porque "tarde la locura se cura" y adoptando como escudero a una moza de soldada disfrazada de hombre y descubierta por el pobre hidalgo en pleno trance de alumbramiento a mitad de azarosa aventura.

El cautiverio de Cervantes en Argel.
(Copia de un grabado antiguo)

Pero si el gran libro considerado con luminoso espíritu interpretativo es mucho más que una absurda crónica de caballería "para regocijo de gentes rústicas y ociosas" y que un pesado documento bibliográfico para deleite de hablistas y cultores del idioma originario; si ese libro tiene un alma que lo ha vuelto imperecedero y proclama un ideal de justicia, de humanidad, de supremacía espiritual, de igualdad y de fecunda acción, entonces, aunque inimitable en el sentido y por las razones que hemos apuntado, la evocación del héroe símbolo que vive en sus páginas traducida en ensayos de la naturaleza del que nos ocupa, no es en modo alguno desdeñable, sino que al contrario da garantía de fuerte apego a los fundamentales sentimientos del hombre, a los principios básicos de la vida y a una honrada y esplendente tradición artística.



Horacio Maldonado.

En efecto; ¿qué sueño es ese de Alonso Quijano transcurrido en "los días plácidos de la aldea" en vísperas de iniciar sus extraordinarias correrías, en esos instantes de transición entre su imperturbable existencia contemplativa sólo alterada por breves excursiones cinegéticas, y el momento aquel en que sale "lanza en astillero adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor"? ¿Ha interpretado nuestro autor al personaje en toda su trascendencia y su profunda significación esencial y vive y palpita acaso en sus páginas en fidedigna concordancia con él? ¿Ha conseguido revivir los afanes, las quimeras y los sueños del Hidalgo dentro del ambiente nebuloso de nuestros días, conmovido y renovado por el impulso de las nuevas ideas y los reclamos imperiosos del futuro? Así es, evidentemente.

Porque medita y exáltase en sus páginas la imaginación de Quijano perturbada ya por la locura inicial para clamar con apostólicos acentos, por la soberanía de los más altos principios de dignidad humana, de justicia, de igualdad en aquella edad de hierro que como lo es todavía la

(Continúa en la siguiente página.)

nuestra, era "de opresiones, de entuertos, de agravios, de torpes apetitos, de crueles egoísmos y vil logro y sórdidos intereses".

Porque allí late un corazón sangrante que angustiado frente a la "desorientación de nuestro mundo moral" invoca con palabras proféticas el reinado de la paz y la justicia sobre la tierra de la libertad de la conciencia humana de la solidaridad entre los hombres; porque proclama en páginas de ardiente inspiración la omnipotencia del espíritu frente a la voracidad de Cronos y a las bajas sugestiones de la vida material; porque Quijano en la aldea resulta lo que debía fatalmente ser, el anunciador y el rebelde pronto para las famosas aventuras, el mismo "que abriría, si de su voluntad dependiera las puertas de todas las cárceles y rompería las cadenas de la servidumbre con las cuales se solazan los ambiciosos y los soberbios" y "combatiría las leyes que no contemplan la dignidad del alma y aunque lo llamaran salteador de caminos y lo enviaran a presidio, jamás desfallecería su espíritu".

Porque así discurre don Alonso el bueno en el libro de Maldonado, pregonando las excelencias de la vida espiritual y la reivindicaciones humanas en lenguaje sobrio como cuadra al hidalgo, porque hay un verbo de justicia y amor allí latente, por eso no resulta como muchos otros soporíferas glosas y espaciosas tentativas de adaptación.

Dijeron a Montalvo algunos críticos a raíz de la aparición de su libro que era osadía resucitar al Quijote "después que Cervantes lo dejara muerto y enterrado". Esto si bien resulta exacto en cuanto a la fábula y al léxico, no lo es ciertamente respecto de la ideología "quijotesca" que espera todavía el genio contemporáneo capaz de modernizar y reverdecer sus fundamentales conceptos en la grande y definitiva novela de este impreciso cambiante y vertiginoso minuto que pasa... Minuto culminante en la historia del mundo ya anunciado por Quijote cuando en presencia de los esbirros, familiares y verdugos de los Santos Tribunales, pronostica las contiendas futuras en favor de la conciencia humana y la libertad de los pueblos, hoy todavía encadenados a la "inquisición" de los prejuicios políticos, económicos, religiosos y sociales.

La eterna locura

(Continuación de la página anterior)

Es que no era aquel manchego fantástico un vulgar enloquecido por los libros de caballería. De aquí la enseñanza que surge espontánea de sus extrañas aventuras.

Y no pudo ser jamás un personaje baldío, un caballero del corte fabuloso y grotesto de los Amadís de Gaula lo ha demostrado don Luis Ricardo Fors, el más ilustre de los cervantistas de América en su opúsculo "El espíritu del Quijote" ya que no era propio de aquellos entre otras características tendenciosas la aversión al clero y los retrógados de toda laya que se revela por ejemplo en sus ataques a los frailes Benitos y a los clérigos del cortejo fúnebre del capítulo XIX, característica ya sorprendida, por Rousseau cuando afirmaba que era el Quijote el único libro laico de la edad clásica, ni aquel hermoso simbolismo de la sociedad ingrata para con los genios y los caracteres privilegiados contenido en la aventura de los encamisados, ni aquel otro no menos evocador de Dulcinea el ideal frente a la ignominia o simplemente a la vulgaridad cristalizada en Aldonza Lorenzo siendo así que se ha podido decir de ese libro que "condensa todas las reglas del deber, todas las leyes del honor, todas las aspiraciones y los ideales más puros, todas las grandezas de la abnegación en aras de la justicia y la fraternidad humana".

Shakespeare, tan genial como el manco no llegó a crear ningún tipo de la perfección del ingenioso Hidalgo. Hamlet, la más humana de las creaciones shakespearianas, se ha observado con profundo acierto y no resistimos a la tentación de transcribir tan elocuente paralelo, "es incapaz de amar y burla las ilusiones de la inocente Ofelia; es incapaz de interesarse por el pueblo al que inmola y olvida en la persona de Polonio, es incapaz de creer en nada puesto en duda de sí mismo; y por eso está condenado a borrarse un día de la memoria de las gentes como se borra todo lo que carece de raíces en la conciencia y el corazón del hombre. En cambio Don Quijote ama con toda la pureza del honor y la vehemencia de su raza a Dulcinea, vive con el pueblo y lo estima, y lo defiende y lo instruye en la persona de Sancho Panza; y tiene abierta su alma a la esperanza y a la fe. Por esta causa su nombre, sus ideales, y el símbolo cervantino que representa, perdurarán por los siglos de los siglos.

Sólo el genio y el corazón de Cervantes fueron capaces de crearlo, sólo su inmensa capacidad para el dolor y el sacrificio, su fe insondable en los destinos del hombre; sólo en el ejemplo maravilloso de su propia vida pudo concebir y animar la figura del inmortal Hidalgo. Temple inaudito; serenidad y fortaleza interior, existencia heroica la que inspirara a Navarro Ledesma uno de sus mejores libros, de rasgos conmovedores y veraces; existencia heroica aquella que amaneciendo entre los bufos de Lope de Rueda, se precipita como un torrente por el mundo y ora se pone al servicio del cardenal Acquaviva en Italia, ora de Don Juan de Austria en Lepanto, cubriéndose de heridas gloriosas; existencia heroica la del prisionero de Argel, la del amante desdichado de Portugal, la del perseguido en Andalucía y la Mancha; heroica existencia la de don Miguel de Cervantes Saavedra que vilipendiado por compatriotas y contemporáneos termina sus días miserable, perseguido y solo.

Pero el genio, la voluntad y el corazón de Cervantes pudieron crear al Quijote porque Quijote fué él mismo.

Sueñe Alonso Quijano o delire el Caballero de la Triste Figura; inquieto el espíritu por el afán de la enorme conquista o perturbado el cerebro por el torbellino de las aventuras. En la lógica o en desvarío, grave o ridículo, cuerdo o loco, Don Quijote ha sembrado las más nobles semillas de justicia, de libertad y de amor, las más hermosas quimeras del presente, las más gallardas realidades del porvenir. Siembra luminosa arrojada en las remotas tierras de "Utopía" no ha podido abatir la floración magnífica ni el turbión de los "encamisados" ni el fuego satánico del egoísmo y el mal.

Por cada abismo de ignominia ha de levantarse un castillo ilusorio de misericordia y esperanza; por cada noche de opresión y calculada "cordura" una aurora de locura mesiánica. Por cada advenedizo acaparador del éxito uno de estos "fracasados" geniales que

"nadie ha podido vencer todavía
por la adarga al brazo, toda fantasía
y la lanza en ristre, toda corazón!"

"MEMORIAS DE UN PRACTICANTE." KOCH

por José C. BELBEY

Mientras, mecánicamente, como tantas otras veces, seguía el procedimiento clásico de coloración, Gastón recordaba la precipitación de los últimos días. Los otros practicantes lo habían bromeado de lo lindo por su aprensión. ¿El tuberculoso?

La manía de casi todos los estudiantes. Inútil fué que él jurara que tenía fiebre nocturna, que le dolía la espalda, que tenía tos. Uno que lo auscultó prolijamente, asegurôle que no oía nada. Sin embargo, la duda se había clavado en su espíritu, y necesitaba *saber*. No quería ser engañado como un niño.

Y, para evitarlo, decidióse a investigar por sí mismo.

Estaba sereno; había buscado tantas veces en las secreciones de otros, que casi creía ser de algún enfermo de la sala esa mancha coloreada oprimida entre dos vidrios.

Después de colocar el porta-objetos en la platina del microscopio, y dar vueltas al tornillo de cremallera, recién se dió cuenta, y se irguió bruscamente. ¿Era miedo? No. El era valiente.

Pero, esa incógnita. Ese trágico *cara o cruz*... Una encantadora vecinita se asomó al balcón de una casa frente al laboratorio. Estaba linda verdaderamente, la chica. Al divisar a Gastón, saludóle con la mano, sonriendo picaresca.

Este, no contestó.

Su alma andaba tan lejos... En ese instante decisivo, podía acaso interesarle un buen palmito y un par de ojos negros. Estaba frente a frente del Enigma.

Perdida en la inmensidad.

Una extraña desazón lo envolvía.

Perdía por momento la noción de su cuerpo. Y no era más que una vibración unida a la eterna vibración del universo. ¿Era el temor de llegar a no ser lo que lo angustiaba?

¿Acaso el momento de la partida? ¿Quizá la angustia de disolverse en la vida cósmica, y ser un flúido consciente, errabundo por los siglos de los siglo... Era un entrechocar en su cerebro, de las más disparatadas teorías.

La campana de la capilla volviólo a la realidad. Extraño fenómeno; siempre la voz de las iglesias lo había bajado a la tierra. La tranquilidad del atardecer, fué poco a poco serenándolo. Recordó algo que él había escrito en sus horas de sinceridad: "Pasajeros somos de esta barca, que es el mundo. Río abajo, va la nave, dejando en cada puerto algo de la carga humana que le dieron. Unos bajan demasiado pronto. Otros, en lejanos puertos. Y, en cada uno, nuevos pasajeros suben, llenos de ilusiones, las maletas repletas de anhelos, de ensueños.

Y esos también bajarán. Unos, muy cerca, otros, en remotas playas. Pero todos. Fatalmente. *Inexorablemente*...

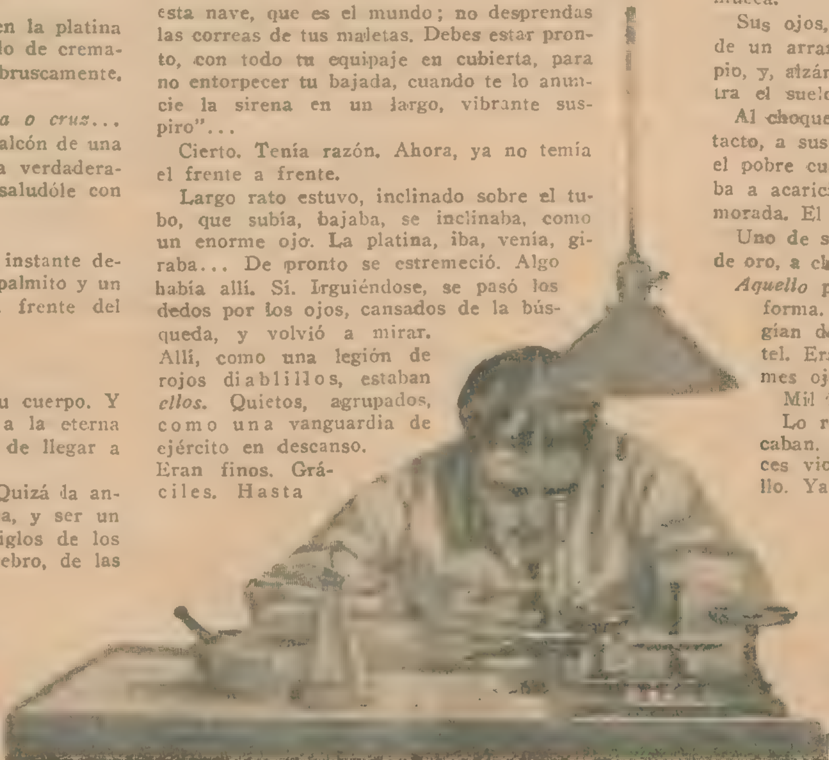
Pasajero de esta barca que es el mundo: no te encariñes demasiado con ella. Sube, toma tu cabina, y vive, como en alojamiento provisorio. Tu misión no es gozar en ella, sino bajar en tu puerto de destino.

No ames demasiado sus comodidades, porque te lamentarás al abandonarla. Créeme, pasajero de esta nave, que es el mundo; no desprendas las correas de tus maletas. Debes estar pronto, con todo tu equipaje en cubierta, para no entorpecer tu bajada, cuando te lo anuncie la sirena en un largo, vibrante suspiro"...

Cierto. Tenía razón. Ahora, ya no temía el frente a frente.

Largo rato estuvo, inclinado sobre el tubo, que subía, bajaba, se inclinaba, como un enorme ojo. La platina, iba, venía, giraba... De pronto se estremeció. Algo había allí. Sí. Irguiéndose, se pasó los dedos por los ojos, cansados de la búsqueda, y volvió a mirar.

Allí, como una legión de rojos diablillos, estaban *ellos*. Quietos, agrupados, como una vanguardia de ejército en descanso. Eran finos. Gráciles. Hasta bellos. Los implacables, los terribles, los odiados hijos de Koch...



Largo rato estuvo inclinado sobre el tubo, que subía, bajaba, se inclinaba como un enorme ojo.

La verdad desnuda, brutalmente desnuda. Era la rúbrica de la sentencia. Los verdugos dispuestos a cumplir la ley. La injusta y fatal ley.

Una curiosidad enfermiza tenía al practicante clavado al ocular. Quería saciarse. ¡Y él tenía *eso* en sus pulmones! *Eso* le bullía en el cuerpo. Su carne joven era el jardín maldito en que nacían, crecían, y hasta amaban esas rojas floraciones de la muerte! Luego era cierto. Luego él estaba condenado. Luego, tendría que irse, cuando aún era joven, bello, fuerte. Cuando tenía una madre. Cuando tenía una novia. Cuando quería vivir!...

Cerró los puños. Contrájose su rostro en una mueca.

Sus ojos, enrojecidos, enormes... y, loco, presa de un arranque de destrucción, tomó el microscopio, y, alzándolo con las dos manos, lo estrelló contra el suelo.

Al choque, saltó el vidrio portaobjeto, y cayó, intacto, a sus pies. Un estremecimiento sacudía todo el pobre cuerpo del muchacho. La fiebre comenzaba a acariciarlo, envolviéndolo como un hada enamorada. El sol se iba.

Uno de sus últimos rayos, vino, como una flecha de oro, a clavarse en la preparación. Gastón lo notó. *Aquello* parecía moverse. Se agrandaba. Tomaba forma. Y brotaban muchos. Un ejército. Surgían del vidrio como de la boca de un cuartel. Eran unos monstruos todo rojos, de enormes ojos negros.

Mil brazos, se agitaban.

Lo rodeaban, como pulpos. Riendo, se acercaban. Eran horribles las muecas de esas fauces violetas. Sus tentáculos buscaban su cuello. Ya llegaban... Y él no podía moverse.

Estaba ahí, clavado, estúpido. Tenía asco, y miedo. Quiso huir, y cayó de rodillas. Quiso gritar, y brotó un sollozo...

Una serenidad dulce lo envolvió a poco. Alzó del suelo el derrengado microscopio, y se acercó a la ventana. Hizo una seña a la vecinita, que sonrió, más picaresca. Salió.

Y por la avenida del jardín sutilizado por las medias tintas del crepúsculo, perdióse la silueta de un blanco guardapolvo. En el comedor sollozaba un tango canallesco...

La marina mercante del mundo

En estas breves líneas damos a conocer la posición actual de la marina mercantil del mundo con noticias extractadas de los volúmenes más recientemente publicados por el Registro del Lloyd.

Los nuevos volúmenes anuales del Registro de Lloyd y las estadísticas trimestrales de las construcciones navales nos dan datos muy interesantes sobre la posición actual de la marina mercante del mundo.



Las estadísticas de las construcciones navales muestran que actualmente se construyen en el mundo 7.721.000 de tonelaje bruto, el cual será lanzado al agua, casi con seguridad, antes de un año. Los libros del Registro de Lloyd muestran que el tonelaje bruto a flote asciende a 53.905.000 toneladas, o sea un aumento de 8.501.000 sobre las cifras de hace seis años. Parece claro que dentro de un año tendremos 16.222.000 toneladas más que antes de la guerra.

El aumento actual del tonelaje a flote se debe principalmente al desarrollo notable de la marina mercante de los Estados Unidos, cuyos vapores de alta mar han aumentado en no menos de 10.379.000 toneladas: de 2.027.000 en 1914 a 12.406.000 en la actualidad. La marina mercante de la Gran Bretaña asciende a 18.111.000 toneladas, o sea 781.000 menos que antes de la guerra. La marina del Japón ha aumentado su tonelaje en 1.288.000; la de Francia, en 1.041.000, y la de Italia, en 688.000 toneladas. La marina mercante más pequeña que aparece en la tabla del Registro de Lloyd es la de Alemania, que asciende a sólo 419.000 toneladas, lo cual representa una disminución de 4.716.000 sobre las cifras de 1914.

OTRO PRODIGIO DE LA CIENCIA

La ciencia moderna nos depara sorpresas día por día consiguiendo realizar verdaderos prodigios tales como éste del que aquí nos ocupamos.

La pequeña vejiga de la hiel, colocada debajo del hígado es una parte importantísima del organismo humano, de cuyas actividades no nos damos cuenta mientras desempeña normalmente sus funciones; pero cuando el depósito se enferma, cuando se descompone y no puede cumplir su trabajo, entonces vienen los trastornos, las enfermedades, los dolores y hasta la muerte.

Hasta ahora, las operaciones quirúrgicas se han hecho necesarias en la vejiga de la hiel cuando se ha congestionado con cálculos o ha enfermado de cualquier forma, pero ahora la ciencia ha dado con un nuevo tratamiento por medio del cual se pueden extraer los cálculos que se forman en la bilis y curar la vejiga de otros padecimientos sin que intervenga la cuchilla del cirujano. Este nuevo sistema es hacer la limpieza por el vacío, por la succión, como se hace en las casas para quitar el polvo con los modernos aparatos del vacío. Con este método curativo se evitan más del 50 por 100 de las operaciones.

Los doctores Rehfuss y Smithies lo emplean con éxito, cada uno a su manera, pero basados en el mismo principio.





Practicando la limpieza de la vesícula. (Arriba diagrama de la operación).

El primero practica la intubación duodenal haciendo tragar al enfermo un tubo largo, de muy poco calibre, que lleva en la extremidad una pequeña bellota de plata que pesa 120 gramos, que hace llegar hasta el intestino duodeno colocando al paciente acostado sobre el lado derecho, con la pierna izquierda encogida y caída sobre la derecha. La bellota, que lleva unas ranuras del calibre del tubo de goma a que va unido, tiene unos 21 milímetros de largo por siete de ancho, y es fácilmente tragada por el enfermo. Tan pronto como la bellota llega al duodeno empieza a salir bilis por el otro extremo del tubo. Por medio de soluciones antisépticas se limpia el organismo, y con una jeringuilla se hace el vacío y las materias perjudiciales son extraídas, y con ayuda de laxantes se corrige el éxtasis intestinal.

El doctor Smithies hace introducir por el tubo duodenal de Rehfuss, una solución al 33 1/3 por 100 de sulfato de manganeso, en el intestino duodeno. Esta solución relaja el músculo de Oddi en la papila de Vater y al mismo tiempo la inervación contraria causa la contracción de la vejiga de la hiel.

Cuando este fenómeno se presenta, que generalmente es a los tres, cuatro o cinco minutos, extrae la bilis y los cálculos por absorción con una jeringuilla unida al tubo.

Desde hace algún tiempo estos lavados por el vacío se vienen practicando con admirables resultados en los grandes hospitales de los Estados Unidos.

Después de hecho el lavado, se somete al enfermo durante ocho días a una dieta de proteína y grasas, y se le administran sesenta gramos de salicilato de sodio al día, en diferentes dosis, para aumentar la secreción de bilis.

Este procedimiento que tan buenos resultados da en los hospitales norteamericanos se viene ensayando ya en otros países, donde también se han llevado a cabo algunas excelentes operaciones.

LA ASTRONOMÍA EN CHINA

Nadie ignora que China ha tenido una de las civilizaciones más viejas de las conocidas. Así como todas las ramas de la ciencia en el que fué gran imperio asiático florecieron, la astronomía alcanzó un grado de esplendor quizás hasta ahora no igualado en ningún pueblo.

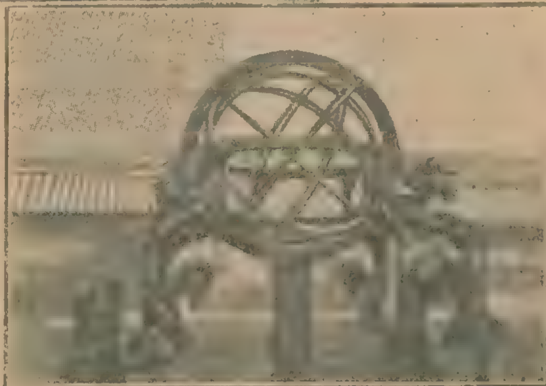


Globo celeste de Tycho-Brahe.

En 1100 años antes de Jesucristo, Tcheo-Kong consiguió medir, por la observación de las sombras proyectadas por un *gnomon* o varilla colocada verticalmente en las épocas equinocciales y solsticiales, la altura máxima del Sol sobre el horizonte, o inclinación de su órbita por encima del ecuador.

Y más tarde Ma-Tuan-Lin, en el año 613 antes de Jesucristo, consignó en un catálogo los cometas visibles sobre el horizonte desde la más remota antigüedad.

Véase, pues, que conocían los chinos ya el *gnomon*, del cual se deriva el cuadrante solar, primer aparato para medir el tiempo; que midieron la duración del año, catalogaron los cometas y estaban en condiciones para predecir los eclipses.



Esfera armilar existente en el observatorio astronómico de Pekin.

En lo que a la Astronomía se refiere, nada menos que a 3253 años antes de Jesucristo se remonta la fecha de las más antiguas y presuntas observaciones astronómicas de los chinos.

El emperador Shin Nung, que sucedió al fundador del imperio, Fo-Hi, parece ser el primero que fomentó las observaciones astronómicas de que se tiene o se presume tener noticia, pues realmente tales asertos se fundan sólo en tradiciones del Imperio, a la verdad concordantes.

Mas no hay duda de que algunos siglos más tarde, 2158 años antes de nuestra Era, florecieron en aquella apartada región dos astrónomos, Hi y Ho, que fueron víctimas, al cabo de un descuido científico.

Parece ser que estos antiguos y primeros cultivadores de la Astronomía se dieron a toda clase de placeres, y a beber con exceso muy especialmente. Con ello, el culto, que con el tiempo debía ser para la diosa Urania, fué descuidado por ellos, y sobrevino un eclipse de Sol, sin que dichos sabios dieran noticia al emperador.

Como ésta tenía su representación y su prosapia en el mismo padre de la luz, quedó mal ante su pueblo, el cual vió con disgusto que el astro se permitía ocultarse por breve tiempo, y ser reemplazado por el Sol negro, sin dar conocimiento al Sol del Imperio. Tan extremada fué la ira imperial, que solo se satisfizo con la muerte de los alegres y descuidados astrónomos Hi y Ho.

Y no les valió que con anterioridad estos mismos astrónomos habían observado las estrellas en las épocas de los equinoccios y de los solsticios, fijando así la verdadera duración del año.

Su concepción de la esfera celeste queda inmortalizada en la esfera armilar perteneciente al observatorio de Pekín, que uno de los adjuntos grabados reproduce. Véase qué poco desmerece del globo celeste de Tycho-Brahe, mucho más moderno. Por de contado, que les era familiar el uso de la semana, lo cual presupone tener noticia de los planetas, cada uno de los cuales preside un día. Y no hay para qué hacer mención de las fases lunares, primer fenómeno celeste después de la salida y puesta no interrumpidas del Sol, que sin duda movió la curiosidad de los primeros pastores de las inmensas planicies asiáticas.

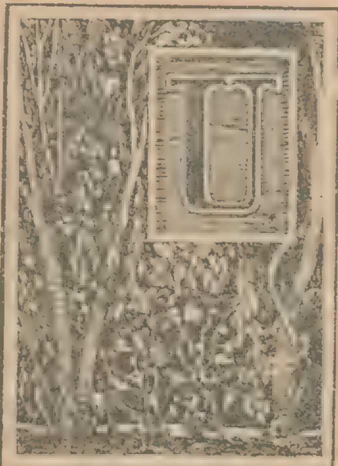
Pero los antiguos eran dados a envolver en el misterio cuanto sabían, ora por excitar la devoción de los extraños, ora para mantener sobre ellos el prestigio mientras vivían y aun para la fama después de la muerte.

Y así lo muestra el sepulcro de Osymandias en el que, coronado por un observatorio y rodeado por una cinta de oro, donde se hallan inscriptos los 365 días del año, con particulares leyendas en cada uno, existe el siguiente epitafio:

"Yo soy Osymandias, rey de reyes; quien quiera saber quién soy y dónde reposo, que estudie mis obras."

LA CÁMARA OSCURA

por Horacio QUIROGA



UNA noche de lluvia nos llegó al bar de las ruinas la noticia de que nuestro juez de paz, de viaje en Buenos Aires, había sido víctima del cuento del tío y regresaba muy enfermo.

Ambas noticias nos sorprendieron, porque jamás pisó Misiones mozo más desconfiado que nuestro juez, y nunca habíamos tomado en serio su enfermedad: asma, y para su frecuente dolor de muelas, cognac en buches que no devolvía. ¿Cuentos del tío a él? Había que verlo.

Ya conté alguna vez en la historia del medio litro de alcohol carburado que bebieron don Juan Brown y su socio Rivet, el incidente de naipes en que actuó el juez de paz.

Llamábase este funcionario Malaquías Sotelo. Era un indiecito de baja estatura, de cuello muy corto, de hombros muy cargados, y que parecía sentir resistencia en la nuca para enderezar la cabeza. Tenía fuerte mandíbula y la frente tan baja que el pelo corto y rígido como alambre le arrancaba en línea azul a dos dedos de las cejas. Y allá en el fondo de la cabeza, dos ojillos hundidos y desconfiados, sobre todo cuando el asma los anegaba de angustia. Sus ojos se volvían entonces a uno y otro lado con jadeante recelo de animal acorralado — y uno evitaba con gusto mirarlo en tales casos.

Fuera de este aspecto interior de su naturaleza indígena, era un muchacho incapaz de malgastar un centavo en lo que fuere, y lleno de voluntad.

Había sido desde muchacho soldado de policía en la campaña de Corrientes. La ola de desasosiego que como un viento norte sopla sobre el destino de los individuos en los países extremos, lo empujó a abandonar de golpe su oficio por el de portero del juzgado letrado de Posadas. Allí, sentado en el zaguán, aprendió solo a leer en "La Nación" y "La Prensa". No faltó quien adivinara las aspiraciones de aquel indiecito silencioso, y dos lustros más tarde lo hallamos al frente del juzgado de paz de San Ignacio.

Tenía una cierta cultura adquirida a hurtadillas, bastante superior a la que demostraba, y en los últimos tiempos había comprado la Historia Universal de César Cantú. Pero esto lo supimos después, en razón del sigilo con que ocultaba de las burlas ineludibles sus aspiraciones a *doctor*.

A caballo (jamás se lo vió caminar dos cuadras) era el tipo mejor vestido del lugar. Pero en su rancho andaba siempre descalzo, y al atardecer leía a la vera del camino real en un sillón de hamaca, calzado sin medias con mocasines de cuero que él mismo se fabricaba. Tenía algunas herramientas de talabartería, que era su debilidad.

Mi conocimiento con él databa desde mi llegada misma al país, cuando visitó una tarde mi taller a averiguar, bien al final de la ceremoniosa visita, qué procedimiento más rápido que el tanino conocía yo para curtir cuero de carpincho (sus zapatillas), y menos quemante que el bicromato.

En el fondo, el hombre me quería poco o por lo menos desconfiaba de mí. Y esto supongo que provino de cierto banquete con que los aristócratas de la región — plantadores de yerba, autoridades y bolicheros — festejaron al poco tiempo de mi llegada una fiesta patria en la plaza de las ruinas jesuíticas, a la vista y rodeados de mil pobres diablos y criaturas ansiosas, banquete al que no asistí, pero que presencié en todos sus aspectos, en compañía de un carpintero tuerto que una noche negra se había vaciado un ojo por estornudar con más alcohol del debido sobre un alambrado de púa, y de un cazador brasilero, una vieja y huraña bestia de monte que después de mirar de reojo por tres meses seguidos mi bicicleta, había concluído por murmurar: — Cavallo de pao...

Lo poco protocolar de mi compañía y mi habitual ropa de trabajo que no abandoné en el día patrio — esto último sobre todo — fueron sin duda las causas del recelo de que nunca se desprendió a mi respecto el juez de paz.

Se había casado últimamente con Elena Pilsudzki, una polaquita muy joven que lo seguía desde ocho años atrás, y que cosía la ropa de sus chicos en la máquina de talabartero de su marido. Trabajaba desde el amanecer hasta la noche como un peón (el juez tenía buen ojo), y recebía a su modo de todos los visitantes, a quienes miraba de un modo abierto y salvaje, no muy distinto del de sus terneras que apenas corrían más que su dueña cuando ésta, con la falda a la cintura y los muslos al aire, volaba tras ellas al alba por entre el alto espartillo empapado de agua.

Otro personaje había aún en la familia, bien que no honrara a San Ignacio con su presencia sino de tarde en tarde: don Julio Pilsudzki, suegro de Sotelo.

Era un polaco cuya barba lacia seguía los ángulos de la cara, calzado siempre de botas nuevas y vestido con un largo saco negro a modo de caftán. Sonreía sin cesar, presto a adelantarse a la opinión del más pobre ser que le hablara; constituyendo esto su característica de viejo zorro. En sus estadías entre nosotros no faltaba una sola noche al bar, con una vara siempre distinta si hacía buen tiempo y con un paraguas si llovía. Recorría las mesas de juego, deteniéndose largo rato en cada una para ser grato a todos; o se paraba ante el billar con las manos por detrás y bajo del saco, balanceándose y aprobando toda carambola, pifiada o no. Le llamábamos Corazón-lindito a causa de ser ésta su expresión habitual para calificar la hombría de bien de un sujeto.

Naturalmente, al juez de paz era a quien había hallado el primero de todos tal dulzura de corazón, por ser el amante de su hija propietario del lote de monte donde vivía; y muchísimo más cuando Sotelo, por amor a sus hijos, se casó con Elena. Pero es justo decir que a todos nosotros alcanzaban las efusiones del almibarado rapaz.

Tales son los personajes que intervienen en el asunto fotográfico que es el tema de este relato.



Como dije al principio, la noticia del cuento del tío sufrido por el juez no había hallado entre nosotros la menor acogida. Sotelo era la desconfianza y el recelo mismos; y por más provinciano que se sintiera en el Paseo de Julio, no hallaba en él ninguno de nosotros madera ablandable por cuento alguno. Se ignoraba también la procedencia del chisme; había subido, seguramente, desde Posadas, como la noticia de su regreso y de su enfermedad, que desgraciadamente era cierta.

Yo la supe el primero de todos al volver a casa una mañana con la azada al hombro. Al cruzar el camino real al puerto nuevo un muchacho detuvo en el puente el galope de su caballo blanco para contarme que el juez de paz había llegado la noche anterior en un vapor de la carrera al Iguazú, y que lo habían bajado en brazos porque venía muy enfermo. Y que iba a avisar a su familia para que lo llevaran en un carro.

—¿Pero qué tiene?—pregunté al chico.

—Yo no sé—repuso el muchacho.—No puede hablar... Tiene una cosa en el resuello...

Por seguro que estuviera yo de la poca voluntad de Sotelo, y de que su decantada enfermedad no era otra cosa que un vulgar acceso de asma, decidí ir a verlo. Ensillé, pues, mi caballo y en diez minutos estaba allá.

En el puerto nuevo de San Ignacio existen un gran galpón que sirve de depósito de yerba y un chalet deshabitado que en un tiempo fué almacén y casa de huéspedes. Ahora está vacío, sin que se halle en las piezas muy obscuras otra cosa que alguna guarnición mohosa de coche y un aparato telefónico por el suelo.

En una de estas piezas encontré a nuestro juez acostado, vestido en un catre, sin saco. Estaba casi sentado, con la camisa abierta y el cuello postizo desprendido, aunque sujeto aún por detrás. Respiraba como respira un asmático en un violento acceso—lo que no es agradable de contemplar. Al verme agitó la cabeza en la almohada, levantó un brazo, que se movió en desorden, y después el otro, que se llevó convulso a la boca. Pero no pudo decirme nada.

Fuera de su facies, del hundimiento insondable de sus ojos y el afilamiento terroso de la nariz, algo sobre todo atrajo mi mirada: sus manos, saliendo a medias del puño de la camisa, descarnadas y con las uñas azules; los dedos lívidos y pegados que comenzaban a torcerse hacia afuera sobre la sábana.

Lo miré más atentamente, y vi entonces, me dí clara cuenta de que el juez tenía los minutos contados: que se moría: que en ese mismo instante se estaba muriendo! Inmóvil a los pies del catre, lo vi tantear algo en la sábana, y como si no lo hallara, hincar despacio las uñas. Lo vi abrir la boca, mover levemente la cabeza y fijar los ojos con algún asombro en un costado del techo, y detener allí la mirada hasta ahora, fija en el techo de cinc por toda la eternidad.

¡Muerto! En el breve tiempo de diez minutos yo había salido silbando de casa a consolar al pusilánime juez que hacía buches de caña entre dolor de muelas y ataque de asma, y volvía con los ojos duros por la efigie de un hombre que había esperado justo mi presencia para confiarme el espectáculo de su muerte.

Yo sufro muy vivamente estas impresiones. Cuantas veces he podido hacerlo, he evitado mi-

(Continúa en la siguiente página.)

"La cámara oscura"

(Continuación de la página anterior)

rar un cadáver. Un muerto es para mí algo muy distinto de un cuerpo al que acaba de abandonar la vida. Es otra cosa, una materia horriblemente dura, amarilla, helada e inmóvil que recuerda horriblemente a alguien que hemos amado. Se comprenderá así mi desagrado ante el brutal y gratuito cuadro con que me había honrado el desconfiado juez.

Quedé el resto de la mañana en casa, oyendo el ir y venir de los caballos al galope; y muy tarde ya, cerca de mediodía, vi pasar en un carro de playa tirado a gran trote por tres mulas, a Elena y su padre que iban de pie saltando prendidos a la baranda.

Ignoro aún por qué la polaquita no acudió más pronto a ver a su difunto marido. Tal vez su padre dispuso así las cosas para hacerlas en forma: viaje de ida con la viuda en el carro saltarín, y regreso en el mismo con el muerto bailoteando en el fondo. Se gastaba así menos.

Esto lo vi bien cuando a la vuelta Corazón-lindito hizo parar el carro para bajar en casa a hablarme moviendo los brazos.

—¡Ah, señor! ¡Qué cosa! Nunca tuvimos en Misiones un juez como él. ¡Y era bueno, sí! ¡Lindito corazon tenía! Y le han robado todo. Aquí en el puerto... No tiene plata, no tiene nada.

Ante sus ojeadas evitando mirarme en los ojos, comprendí la terrible preocupación del polaco que desechaba como nosotros el cuento de la estafa en Buenos Aires, para creer que en el puerto mismo, antes o después de muerto, su yerno había sido robado.

—¡Ah, señor! — cabeceaba.—Llevaba quinientos pesos. ¿Y qué gastó? ¡Nada, señor! ¡El tenía un corazón lindito! Y trae veinte pesos. ¿Cómo puede ser?

Y tornaba a mirarme las botas para no subir hasta los bolsillos del pantalón, donde podía estar el dinero de su yerno. Le hice ver a mi modo la imposibilidad de que yo fuera el ladrón —por simple falta de tiempo— y la vieja garduña se fué hablando consigo mismo.

Todo el resto de esta historia es una pesadilla de diez horas. El entierro debía efectuarse esa misma tarde al caer el sol. Poco antes vino a casa la chica mayor de Elena a rogarme de parte de su madre que fuera a sacar un retrato del juez. Yo no lograba apartar de mis ojos al individuo dejando caer la mandíbula y fijando a perpetuidad la mirada en un costado del techo, para que yo no tuviera dudas de que no podía moverse más porque estaba muerto. Y he aquí que debía verlo de nuevo, reconsiderarlo, enfocarlo y guardarlo en mi cámara obscura.

¿Pero cómo privar a Elena del retrato de su marido, el único que tendría de él?

Cargué la máquina con dos placas y me encaminé a la casa mortuoria. Mi carpintero tuerto había construído un cajón todo en ángulos rectos, y dentro estaba metido el juez sin que sobrara un centímetro en la cabeza ni en los pies, las manos verdes cruzadas a la fuerza sobre el pecho.

Hubo que sacar el ataúd de la pieza muy obscura del juzgado y montarlo casi vertical en el corredor lleno de gente, mientras dos peones lo sostenían de la cabecera. De modo que bajo el velo negro tuve que empapar mis nervios sobreexcitados en la boca entreabierta de [illegible] negro que la muerte misma; en la mandíbula retraída hasta dejar el espacio de un dedo entre ambas dentaduras; en los ojos de vidrio opaco bajo las pestañas como glutinosas e hinchadas; toda la crispación de aquella brutal caricatura de hombre.

La tarde caía ya y se clavó a prisa el cajón. Pero no sin que antes viéramos venir a Elena trayendo a la fuerza a sus hijos para que besaran a su padre, y al chico menor dejándose arrastrar a alaridos por el suelo para no hacerlo. La chica lo hizo, sostenida y empujada de la espalda; pero con un horror tal ante aquella horrible cosa en que querían viera a su padre, que a estas horas, si aún vive, debe recordarlo con igual horror.



Yo no pensaba ir al cementerio, y fuí por Elena. La pobre muchacha seguía inmediatamente al carrito de bueyes entre sus hijos, arrastrando de una mano a su chico que gritó en todo el camino, y cargando en el otro a su infante de ocho meses. Como el trayecto era largo y los bueyes trotaban casi, cambió varias veces de brazo rendido con el mismo presuroso valor. Detrás, Corazón-lindito recorría el séquito lloriqueando con cada uno el robo cometido.

Se bajó el cajón en la tumba recién abierta y poblada de gruesas hormigas que trepaban por las paredes. Los vecinos contribuyeron al paleo de los enterradores con un puñado de tierra húmeda, no faltando quien pusiera en manos de la huérfana una caritativa mota de tierra. Pero Elena, que hamacaba desgreñada a su infante, corrió desesperada a evitarlo:

—¡No, Elenita! ¡No eches tierra sobre tu padre!

Y ante este sacrilegio con el difunto que le tocaba ahora a ella misma, la tarde concluyó.

Pero no para mí. Dejaba pasar las horas sin decidirme a entrar en el cuarto obscuro. Lo hice por fin, tal vez a media noche. No había nada de extraordinario para una situación normal de nervios en calma. Solamente que yo debía revivir al individuo ya enterrado que veía en todas partes; debía encerrarme con él, solos los dos en una apretadísima tiniebla; lo sentí surgir poco a poco ante mis ojos y entreabrir la negra boca bajo mis dedos mojados; tuve que balancearlo en la cubeta para que despertara de bajo tierra y se grabara ante mí en la otra placa sensible de mi horror.

Concluí, sin embargo. Al salir afuera, la noche libre me dió la impresión de un amanecer cargado de motivos de vida y de esperanzas que había olvidado. A dos pasos de mí, los bananos cargados de flores dejaban caer sobre la tierra las gotas de sus grandes hojas pesadas de humedad. Más lejos, tras el puente, la mandioca ardida se erguía por fin eréctil, perlada de rocío. Más allá aún, por el valle que descendía hasta el río, una vaga niebla envolvía la plantación de yerba, se alzaba sobre el bosque, para confundirse allá abajo con los espesos vapores que ascendían del Paraná tibio.

Todo esto me era bien conocido, pues era mi vida real. Y caminando de un lado a otro, esperé tranquilo el día para recomenzarla.

Ilust. de Hohmann.

¿Cuántas esposas tiene usted?—*Si se hace esta pregunta a un individuo de Camarones, le contestará señalando orgullosamente el tejado de su casa.*

Allá arriba, en el caballete, se ven varias cabezas clavadas en unos palos. Las cabezas, hay que decirlo en seguida, no son naturales.

Cada vez que un camaronés adquiere una nueva mujer, añade una cabeza más; por cada nuevo retoño, pone otra cabeza más pequeña formando fila con la que representa al jefe de la familia, que es la primera de la línea y la más grande de todas.

* * *

¿Faltará la madera?—*Es creencia muy generalizada que los Estados Unidos poseen, con sus inmensos bosques, una reserva inagotable de madera. Desgraciadamente, no es cierto.*

El "Boletín" de la Cámara de Comercio Francesa, de Nueva York, recoge los informes del Servicio Forestal de los Estados Unidos, que son bastante alarmantes

La pulpa de madera que se emplea en la fabricación de papel de periódicos—dice ese centro oficial—empieza a escasear. Se cortan los árboles sin tino y sin medida. Las regiones del este comienzan a verse obligadas a recurrir a los bosques de la vertiente del Pacífico. La Nueva Inglaterra, cuya superficie forestal es aproximadamente igual a la de Francia, y que hace una treintena de años exportaba considerable cantidad de madera, casi no tiene la suficiente para su propio consumo.

Se desperdicia enormemente en las propiedades privadas. No se compran bosques sino para talarlos sin piedad y sin cuidar de repoblarlos. Los malos métodos de corta y explotación comprometen el porvenir, y, en el presente, favorecen los ince[illegible]

Los bosques privados interesan poco al [illegible] como todo lo que no le toca directamente. Nadie piensa más que en ganar mucho dinero, sin preocuparse del porvenir.

"Pronto faltará la madera". ¡Con estas fatídicas palabras termina el informe del Servicio Forestal!

QUEVEDO, BERNARD SHAW Y EL HEROISMO

por F. A. IRUROZQUI GARRO

¿Peleamos por miedo? Si es así, el miedo engendra el heroísmo.


G. Bernard Shaw.

Las guerras son la causa de la ruina de los pueblos, se viene diciendo desde hace rato; pero el caso es que el afán y la necesidad de guerrear no aparecen.

Al frenesí que la insana pasión despierta se sucede, pasado el momento álgido de la lucha, una depresión del ánimo, tal que pareciera encerrar en ella el arrepentimiento por los horrores cometidos y los errores propalados. El entusiasmo, al llegar a cierto grado, conduce a la acción a los hombres, y difícil es escapar a ese continuado y ensordecedor elogio de la valentía, que se hace—hablamos del tiempo presente—por medio de los diarios, grandes y chicos.

Deshecho el artificio vuelven los hombres a la realidad, y lo primero que les ocurre es declamar en contra del mal originado por la guerra, renegar de su pasada simplicidad y maldecir la hora en que soñaran con mentidos heroísmos.

Por descontado que lo dicho ocurre únicamente con los perdidosos. Los que lucran con el ajeno valor y acicatan el instinto bélico, se llaman andana ante el clamoreo de los que se lanzaron tras la gloria.

La pasada guerra ha traído, conforme a ese repetido hecho histórico, el juicio y la cordura a los cerebros, un poquitín más de sentimiento a los corazones y el desengaño que llevan consigo la soberbia y la vanidad.

El heroísmo, en consecuencia, ha servido de blanco a la crítica y aun a la sátira de los espíritus superiores que, escapando al contagio colectivo, se han mantenido, si no en la alta cima de la verdad, en la región en que aloja el buen sentido.

Bernard Shaw, el celebrado autor cómico irlandés, el Molière del siglo XIX—como le llamara Hamon, ese gran psicólogo libertario,—en razón de su credo socialista hizo donosa burla de los asuntos guerreros en varias de sus famosas obras, que él intitula "piezas de guerra", mucho antes de que la reciente conflagración y como un aporte, quizás, al pacifismo deseado por los hombres sanos. Esas "piezas" acaban de ser reeditadas, lo cual coloca a su autor en un puesto de avanzada de los que "combaten" por que de una vez para siempre desaparezca de los acontecimientos humanos esa carnicería estúpida que llamamos guerra, sangría hecha al cuerpo cada vez más exhausto de la sociedad.

Con ello se ha actualizado el odio a la guerra y la gran labor literaria de Bernard Shaw, en pleno furor guerrero, como un anticipo de la crisis de sentimiento que anima hoy al mundo.

En una de esas obras, "Arms and the man", es donde Shaw extrema su sátira contra los héroes. El protagonista es llamado "soldado de chocolate", lo que da la medida de la burla del famoso irlandés. Más todavía: Shaw opina, por boca de sus personajes, "que la suerte de las batallas depende no del coraje, sino del miedo; que matamos, en suma, por el temor de ser muertos por otro. De donde se deduce que el miedo es quien engendra el heroísmo.


Francisco Quevedo y Villegas.

Este concepto, con todo de haberlo aplicado una mentalidad como la de Shaw, no es nuevo, ni con mucho.

Allá por el año 1608, en el mes de mayo, ese gran polígrafo que se llamara don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, dedicaba a un amigo suyo su obra "Las zahurdas de Plutón", en la que, de paso que ridiculiza a la nobleza y a la honra, lo hace también de la valentía, diciendo: "¿Hay cosa más digna de burla? Pues no habiendo ninguna en el mundo, sino la caridad con que se vence la fiereza de otros y la de sí mismo, todo el mundo es de valientes: siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos capitanes valerosos como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía, sino de miedo; pues el que pelea en la tierra por defenderla, pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo, y verse muerto; y el que sale a conquistar los que están en sus casas, a veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa; y los que no llevan este instinto, van vencidos de la codicia.

"Mata uno a otro primero, vencido de la ira, pasión ciega, y otras veces de miedo de que le mate a él. Así, hombres que todo lo entendéis al revés...., llamáis valiente al que perturba el sosiego, y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones, no da lugar a que le pierdan el respeto."

No podía escapar al espíritu del gran satírico este lado flaco de los hombres de su tiempo—y de ahora, añadiremos;—de ahí que arremetiera en la forma de que él era capaz, en contra de ese endiosamiento del heroísmo, todo lo poético que se quiera, pero que, bien mirado, encierra casi siempre una injusticia, pues la presencia de los vivos hace olvidar a los muertos, los verdaderos héroes, como que ellos son quienes han llegado al sacrificio para beneficiar a los que quedan. La coincidencia que apuntamos delata el talento de Shaw.





Con el acierto y dedicación de que

GATH & CHAVES

ha dado constantes pruebas, se ha dispuesto un surtido especial de ARTÍCULOS PARA LA PRIMERA COMUNIÓN DE NIÑOS Y NIÑAS, a fin de facilitar a las familias la selección de lo más conveniente para esa ceremonia

PARA NIÑOS

ELEGANTE TRAJE de smoking en casimir de pura lana, calidad extra, para niños de años: 13-14, $ 80.—; 11-12, $ 75.—; 9-10, pesos 70.— y 7-8 . . . $ **65.—**

TRAJE DE SACO con vistas de seda desmontables, para poder usar como traje de calle, en casimir de pura lana, modelo muy práctico para comunión y fiestas; para años 13-14, $ 75.—; 11-12, pesos 70.—; 9-10, $ 65.— y 7-8 pesos . . . . **60.—**

TRAJE CAZADOR, en sarga azul marino o negra, de pura lana; para años: 14-15, $ 52.—; 12-13, pesos 48.—; 10-11, $ 44.—; 8-9, pesos 40.— y 6-7. . . . . . $ **36.—**

JOCKEY de plato redondo, en rica sarga azul o negra, medidas del 50 al 57, a. . . . . . $ **4.50**

CANOTIER DE PAJA RUSTIC, con picos, buena calidad, medidas del 50 al 57, a. . . . . . $ **4.90**

GALERITAS INGLESAS, de castor negro, buena calidad, medidas del 52 al 57, a. . . . . . $ **9.50**

BRAZALES para primera comunión, en cinta de [illegible] o moaré, con flecos de seda, dorados o plateados, a $ 7.80, 6.50, 4.40, 3.50, 3.— y . . . . $ **2.20**

CAMISA BLANCA, especial para comunión, medidas del 28 al 36, a $ 6.50, 5.50 y . . . . $ **4.60**

GUANTES DE CABRITILLA, blancos, para niños, a $ 5.50 y 4.50. De hilo . . . . $ **2.70**

MOÑOS DE BATISTA, blancos, especiales para comunión, $ **0.40**

BOTIN en cuero charolado, caña cuero mate, con botones, horma elegante, para niños; medidas: 39-38, $ 15.70; 37-36, $ 14.80; 35-34, $ 14.—; 33-32, $ 13.80; 31-30, $ 12.70; 29-28, $ 12.20 y 27-26. . . . . $ **11.80**

ZAPATOS de cuero charolado, modelo con cintas, para niños; medidas: 39-38, $ 16.30; 37-36, pesos [illegible]; [illegible]4, $ [illegible]; [illegible]-32, $ 13.50; 31-30, $ 12.90; 29-28, $ 12.30 y 27-26. . . $ **11.80**

PARA NIÑAS

VESTIDO PARA PRIMERA COMUNION confeccionado en fino organdí, modelo con caídas a los costados y adornos de voladitos a tablones, faja de seda; para niñas de años 14 [illegible] $ 40.—; [illegible]-11, [illegible] — y 6-7. . . . . $ **34.—**

VESTIDO PARA PRIMERA COMUNION, en fino voile blanco prolijamente adornado con alforcitas y embutidos imitación valenciana, con viso de algodón y cinturón de seda; para [illegible] 10-11, $ 28.—; 8-9, $ 26.—; y 6-7. . . . . $ **24.—**

VESTIDO PARA PRIMERA COMUNION, en clarín con viso de algodón, adornado con grupos de alforcitas y embutidos, cinta de seda en la cintura; para niñas de años 12 a 14, $ [illegible]; 10-11, $ [illegible]; 8-9, $ 26.— y 6-7, $ **24.—**

VESTIDO PARA PRIMERA COMUNION, en tul de hilo con rico viso de seda y otro de gasa, pollera con alforzas, punto smok en el canesú y en los puños; para niñas de años 10 a 12, $ 75.—; 8-9, $ 70.—; y 6-7. . . . . . . $ **65.—**

INMENSO SURTIDO EN TULES confeccionados para primera comunión, con guarda bordada o vainillada y hermosa corona de rosas o flores menudas, a $ 12,90 y. . . . . $ **10.50**

Los mismos, lisos, a $ 9.50 y pesos. **6.90**

ROSARIOS de nácar, a $ 9.50 y. . . . . $ **7.50**

LIMOSNERAS en tul o en clarín, a $ 4.50 y. . . $ **3.90**

LIBROS de misa, con tapa de marfilina, cabritilla o seda, a $ 8.50, 6.50, 4.90 y $ **3.90**

CAMISAS en buena batista, confeccionadas a mano, adornadas con puntilla de hilo y bordados; para niñas de años 12-14, $ 4.90; 8-10. . . . $ **4.60**

CALZON haciendo juego, para años 11-14, $ 4.90; 8-10, pesos. **4.60**

MEDIAS blancas, de [illegible] rizado, largas; para niñas de años 11-14, $ 3.50 y 8-10, pesos. **3.30**

COMBINACION - ENAGUA, confeccionada en batista, el corpiño y el volado con adornos de valencianas; para años 11-14, $ 9.50; 8-10. . . . $ **8.50**

ZAPATOS en nubuck blanco, forma mosquetero, hebillas forradas, taco bajo, horma elegante, para niñas; medidas: 36-37, $ 18.20; 34-35, $ 17.20; 32-33, $ 16.70; 30-31, $ 15.50; 28-29, $ 14.80 y 27. . . . $ **14.20**

Elegantes **ZAPATOS** en nubuck blanco, corte inglés, taco bajo, horma muy cómoda, para niñas: medidas: 34-35, $ 15.40; 32-33, $ 14[illegible]; [illegible]1, $ [illegible]; 28-29, $ 12.10; 26-27, $ **11.—**

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd

CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO • ANEXO: Av. de MAYO, PERÚ y RIVADAVIA

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

LA NUEVA BIBLIOTECA



En el pueblo de X se desarrolla una afición enorme por la lectura.

EN APUROS



La esposa. — ¿Has sacado boletos de ida y vuelta?
El. — No, sólo de ida. No tuve tiempo para sacar de vuelta también.

ECONOMIA



—¿Se le ha descompuesto el motor?
—No, es para ahorrar nafta.

PSICOLOGIA



—Seguramente hace poco que está usted empleado en esta casa, porque al decirme el precio se ruborizó.

S. M. EL CASERO



—¿Por qué le has dado tanto de propina al mozo?
—Porque es el propietario del edificio en que vivimos.

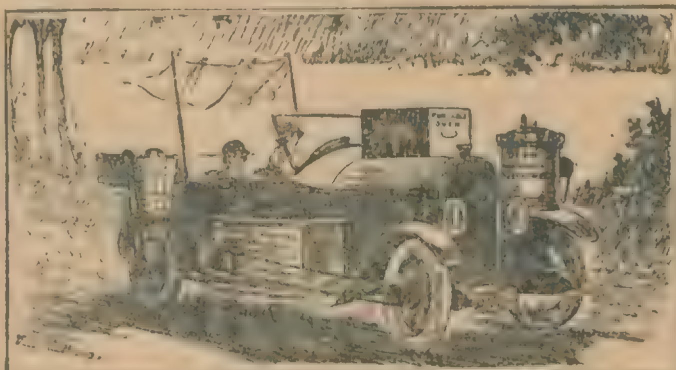
ENTRE LADRONES



—Veo, Juan, que no te has fijado en ese cajón donde está la vajilla de plata. Es necesario que seas más concienzudo.

Del "Life" y "Punch".

INGENIO



Automóvil para paseo que permite hacer al mismo tiempo el trabajo doméstico.

"ENFANT TERRIBLE"



Al invitado.—Si yo me sentara a la mesa sin peinar como usted, me pegarían y me meterían en la cama sin cenar.

POCA PULPA Y MUCHO JUGO

por Victorina MALHARRO

En una visita de inspección me encontré días pasados un librito, casi un folleto, cuya aparición había visto anunciada y cuyo título, que se me ocurrió lóbrego, me impidió adquirirlo: "Mientras la muerte llega".

Pregunté a la maestra si era obra útil para sus alumnas (sexto grado), y al encarecerme ella que era una lectura de mucho provecho, empecé a hojear el libro.

Contra lo que el nombre me había hecho suponer, fluían de sus páginas el optimismo, la esperanza, la energía.

Salí de la escuela derecho a adquirir la obrita y sobre el mostrador de la librería me encontré con otra obrita más pequeña aún, que por ser del mismo autor de la anterior (Rafael Ruiz López), adquirí también "El maestro y los niños".



Rafael Ruiz López, autor de "Mientras la muerte llega" y "El maestro y los niños".

Si literariamente la lectura de ésta no me proporcionó el gozo que la anterior, en cambio, sentí que si en lugar de tanto libro de pedagogía como me hicieron estudiar en la escuela normal, me hubiesen hecho leer sólo este volumen liliputiense, mi carrera me hubiera sido más fácil y, para mis alumnas más benéfica.

Obra que no es de maestro; pero que se acerca al corazón del maestro joven y con la voz de la experiencia y del amor a la niñez, se lo llena de saludables reflexiones para emprender su tarea, para animarse en los inevitables desfallecimientos, para no ensoberbecerse en los también inevitables triunfos cuando se trabaja con fe y amor.

El autor de "El maestro y los niños", es seguramente, un padre de los que pocas veces encontramos los maestros. Un padre que no se descarga en el maestro de sus obligaciones, que no lo ve como un rival en el afecto del niño, ni como un trabajador asalariado, sino como un colaborador para la obligación más difícil de la paternidad.

Ha seguido con interés a sus hijos en la escuela, y de ese interés inteligente y amoroso ha salido el libro lleno de sugestiones convenientes para todos los maestros, utilísimos para el maestro novel.

El autor ve las cosas que están bien y las que están mal, y si las primeras lo entusiasman, las últimas no lo escandalizan farisaicamente.

No se escandaliza ni se echa a pensar mal de la maestra que lleva alhajas a la clase. Sabe que si alguna muchacha lleva a la clase más lujo del que le corresponde, son muchas más las que no llevan ni el que cómodamente pueden costearse; pero le hace ver la influencia sugestiva de ese lujo sobre la psiquis de la alumna, y yo creo que hace con eso más bien que con un desplante a lo Jeremías. Dos dedos de frente que tenga la lectora y se guarda anillos, pendantifs y brazaletes para sitios más adecuados que el del trabajo.

No riñe con el patriotismo y tampoco acepta las manifestaciones con que el patriotismo se presenta en la escuela; enseña lo que es el patriotismo y cómo se le encauza. Y así todo.

Obrita pequeña en su apariencia y grande, muy grande en su contenido ¡qué bien le hará al maestro joven que la lea despacio y la medite mucho!

Si yo fuera persona grata al ministerio de instrucción pública y se me encargase en alguna recepción de diplomas del discurso de despedida a los jóvenes maestros, le diría al ministro: Hágame dar V. S. tantos ejemplares como alumnos se gradúan de "El maestro y los niños", de Rafael Ruiz López y de "Consejos a los maestros", de Pablo Pizzurno, y entregando ambos folletitos a cada graduando sólo le diría: Léalos. Y habría hecho con eso un discurso tan bueno como nunca lo he oído.




Polvo graseoso de Leichner
POLVO GRASEOSO DE LEICHNER
En el "boudoir" femenino donde impere el refinamiento de un delicado buen gusto, habrá de surgir siempre en primer término y por derecho propio, la caja del insuperable *POLVO GRASEOSO LEICHNER*, ya que un éxito franco y definitivo le ha consagrado como el más eficaz elemento de belleza facial, entre cuantos sea capaz de producir el arte de la perfumería. La misión esencial del *POLVO GRASEOSO LEICHNER* no puede ser más preciosa: conservar el cutis fresco, suave y delicado, prestar estético realce à los naturales encantos, y proteger la piel contra la acción del sol y del viento.
Las señoras consumidoras del *POLVO GRASEOSO LEICHNER* no sólo gozarán de estos beneficios, sino que también podrán recibir gratuitamente *EL ECO DE LA MODA*, revista ilustrada de arte, distinción y elegancia en el vestir, editada exclusivamente para ellas y que pueden solicitar al Sr. Gerente de la Agencia de Publicidad Cenit, calle Bolívar, 879, Buenos Aires, acompañando al pedido la mitad de la estampilla fiscal donde aparece el nombre *POLVO GRASEOSO LEICHNER*, que lleva adherida cada caja de este artículo.

EL AIRE Y SUS INFLUENCIAS

He aquí unas cuantas cosas muy interesantes acerca del aire, que no todos nuestros lectores saben.

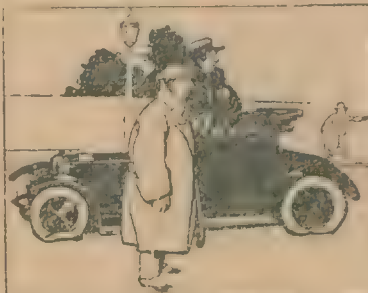
La obscuridad del espacio exterior puede comprobarse tomando un volumen de aire encerrado, libre de átomos de polvo, de los cuales se encuentran millones en cada centímetro cúbico; si se trata de iluminar este aire, se encontrará que, por poderosa que sea la luz que se le dirige, continúa absolutamente obscuro. Cuando se mira hacia lo alto al mediodía se ve todo el universo aparentemente iluminado; pero lo cierto es que solamente la delgada capa de la atmósfera terrestre dentro de la cual vivimos está iluminada. El espacio exterior carece de luz y de calor. Los rayos del sol no se convierten en luz, calor o electricidad hasta chocar con las moléculas más densas de la atmósfera que rodea la tierra y con los invisibles átomos de polvo y partículas de nubes suspensos en el aire, mediante cuya intervención se transforman estos rayos, de etéricas vibraciones en otras formas de energía: calórico, luz, electricidad, etcétera.

Muy pocas personas conocen estos sencillos problemas de los fenómenos del aire que asumen tan gran significación en la presencia del hombre en regiones superiores a aquellas donde se desliza ordinariamente su existencia.

El viento noroeste produce siempre energía física y ligereza mental, porque tiene un elemento de moción hacia abajo que atrae el aire superior, libre de impurezas y que, en virtud de electrización intensa, cambia una cantidad considerable de su oxígeno en ozono, manteniéndose en esta condición solamente poco tiempo después de alcanzar las capas inferiores potenciales próximas a la superficie de la tierra. Mayor proporción de gente muere bajo la influencia enervante del viento del sur que bajo la influencia del viento del norte, porque el viento del sur envuelve la superficie de la tierra llenándose de impurezas y carece del estimulante de la electricidad.

Cuando la inteligencia del hombre se familiarice más con el océano al fondo del cual ha vivido por tan largo tiempo, no esperará que el viento norte le traiga los beneficios de las capas superiores: irá a buscarlas y se mantendrá en ellas todo el tiempo que desee.

Los peatones molestos



—¡Qué canalla! ¡Seguramente llevaba clavos en los bolsillos cuando lo atropellamos.

OFICINA MUNICIPAL DE BERLIN PARA ELECCIÓN DE CARRERA



Examinando las facultades de observación por medio de un aparato en el que se ven por pocos segundos números o palabras que el muchacho ha de retener en la memoria.

Dar consejos a los jóvenes para elegir una carrera es el último paso en la previsión del Estado para emplear de una manera racional todas las fuerzas vivas de la nación. Antes no se tenía ni el deseo ni la necesidad de dar consejos para la elección de una carrera, pues el hijo se dedicaba casi siempre a la carrera del padre como ingeniero, médico, negociante, obrero, labrador, etc. La hija se ocupaba en la casa, y el resto de la población que no encontraba ningún campo en la acción se veía obligado a emigrar. Pero con la industrialización en Alemania se formaba la industria en grande y las capitales del país absorbían, no solamente esta parte de la población que antes emigraba, sino que también una gran parte de los que se dedicaban a la agricultura. En esta situación la agricultura se desarrollaba con trabajadores extranjeros, y la pequeña industria se veía obligada a buscar un camino para encontrar aprendices para garantizarse un número suficiente de obreros. De esta manera se han formado las primeras oficinas para aconsejar la elección de una carrera u oficio.

En eso han tomado la iniciativa las Cámaras oficiales de obreros. Durante la guerra se han formado entonces un gran número de nuevas instituciones, por ejemplo, para aconsejar una nueva carrera a inválidos de la guerra, a viudas de soldados muertos, etc., de manera que al fin había una descentralización demasiado grande como en tantos otros ramos de la vida.

El gobierno alemán se ha alarmado de esta situación y por decreto del 18 de marzo 1919 ha ordenado [illegible] al o provin[illegible] la obligación de instalar una oficina públ[illegible] [illegible] a los jóvenes [illegible] obligación de [illegible] s y de hecho a toda persona que quiera adquirir una profesión o cambiar la suya. Obedeciendo a este decreto, también la municipalidad de Berlín ha instalado una oficina semejante a la que se han agregado las dos oficinas ya existentes y que ya habían dado resultados muy buenos desde hacía más de ocho años. Estas eran:

La oficina central para procurar colocación como aprendices de la "Asociación de la Mark Brandenburg de Obreros".

La oficina de información de Gran-Berlín para las carreras de mujeres.

Basándose en estas dos instituciones ya existentes se han organizado también los servicios para los grupos de oficios que hasta esta fecha no tenían ninguna oficina semejante. Eso se ha hecho principalmente para los discípulos de las escuelas secundarias y las personas físicas o psíquicamente mal desarrolladas.

La oficina municipal para aconsejar una carrera se divide en cinco secciones, que son: la sección de consejos, la sección de servicios del exterior, la sección literario-estadística, la sección psico-medical y la sección administrativa.



El despacho general y sala de espera.



El examen físico. Un discípulo ensayando fuerzas en el dinamómetro. Su deseo de hacerse constructor de maquinarias no podrá cumplirse por falta de fuerzas.

Todas las personas que acuden para aconsejarse entran desde luego en el despacho general. Para los discípulos y las discípulas que han acabado su instrucción escolar, se encuentran en el archivo las hojas de observaciones, en las cuales se encuentran escritas además del nombre, etc., las observaciones de los profesores sobre las disposiciones intelectuales y morales de los respectivos jóvenes.

Esta hoja se entrega al "aconsejador", que en presencia de la madre y hablando cordialmente con el joven, trata de encontrar la carrera más a propósito con sus facultades físicas y psíquicas. Como faltan muchísimas veces a los padres y a los jóvenes los conocimientos de las diferentes carreras, se explican éstos detalladamente durante la conversación, si es preciso, con fotografías y otro material disponible.

Lo más difícil es aconsejar a las personas que tienen defectos físicos o cerebrales. Aquí hacen falta observaciones mucho más profundas. Tienen que hacerse antes experiencias físicas y psíquicas. En caso preciso los postulantes se examinan psicotécnicamente, por ejemplo, sobre el sentido de los colores, del sentir, de la memoria y otros más...

Cabelleras onduladas

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo, y que es mucho mejor para este propósito que cualquier otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en paquetes sellados, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

Una invitación original

Las cosas originales y extraordinarias siempre vienen de los Estados Unidos, así lo hay para qué decir, pues se sobreentiende que lo que aquí se dice ocurre en la república anglosajona de este continente.

Aunque en Nueva York se ven cosas muy raras, hace poco la gente se detenía curiosa y comentaba el paso de un par de jinetes: un "cow-boy" y una "cow-girl" del lejano Oeste. Cabalgaban en jacos píos. El vaquero con amplios pantalones de cuero, camisa roja y amplio sombrero, seguía a la linda vaquera, tan hermosa como la de la Finojosa, ataviada con pintoresco traje.



Recorrieron buena parte de la gran ciudad y llegaron a un hotel afamado por su lujo, uno de los mejores del mundo; dieron sus nombres, ajustaron habitaciones, y la muchacha, decidida, atravesó el elegante vestíbulo montada en su caballo "pinto", se metió en el gran ascensor y se hizo subir con su cabalgadura a la elevadísima azotea, desde donde saludó al pueblo de Nueva York y anunció, no para que la oyesen los que desde la calle admiraban a la decidida vaquera, sino los curiosos que a su alrededor se habían agrupado, que traía cartas de invitación del gobernador del Wyoming, dirigidas a las personalidades más prominentes de los Estados orientales para que asistiesen a las fiestas de Cheyenne, que anualmente celebran los cow-boys y cow-girls, en las que demuestran sus habilidades de équites, en carreras, concursos, saltos y fantasías hípicos. La pareja ha hecho el largo viaje a caballo, y bien vale la pena de que los invitados al festival acudan a presenciar las proezas de los vaqueros occidentales aunque no sea sino como premio a las fatigas de los decididos y pintorescos mensajeros.

¿COQUETERIA?

por Francisco GARCIA BELTRAN

Nuestra oficina estaba instalada en uno de los puntos más frecuentados de la calle Florida.

Mi compañero Enrique y yo trabajábamos en un mismo escritorio, sentados uno frente al otro.

Por los amplísimos balcones de aquel primer piso contemplábamos, con harta frecuencia, el tentador espectáculo que nos ofrecía una de esas grandes tiendas, tan concurridas por el público femenino.

Eran las dos de una tarde bochornosa.

Enrique, espíritu alborotado y refractario a todo lo que significara sujeción, molestado por el fuerte calor, asomóse al balcón en procura de aire...

La gran tienda que se erguía ante su presencia hallábase en ese instante casi desierta. Las resignadas vendedoras, de pie, — ¡oh, famosa ley de la silla, cuánto te haces esperar! — dialogaban furtivamente, y reían a hurtadillas, para evitar que algún inspector, celoso del cumplimiento de su misión, las amonestara o pasase parte a la gerencia por tamaño acto de indisciplina.

Escudriñaba Enrique el panorama, cuando de pronto su mirada se posó, ávida, en una hermosa vendedora de facciones vivaces, rubia y esbelta, que mastiCaba con fruición algo que él no adivinaba. Sacaba ella de su escondite un paquetito, extraía una pequeña cosa y, tranquilamente, se la llevaba a la boca, cierta de que nadie la veía...

Pero Enrique estaba allí contemplándola embelesado.

Un intempestivo golpe de tos del indiscreto, trajo a la chica a la realidad, percatándose entonces, ruborosa, de que Enrique habíala sorprendido y... — ¡ay! — alzando candorosamente su rostro simpático y picaresco insinuó, graciosa, una sonrisa...

—Enrique, te llama el gerente — advirtióle un compañero.

—Este... Dile que voy en seguida; que estoy un poco descompuesto... Que me siento mareado... — contestó confuso Enrique, sin ánimo para abandonar el lugar, pues aquella sonrisa fué para él algo así como un lazo que la coquetería femenina le tendía, inmovilizándole en el balcón.

—¿Pero qué te pasa? — replicó el compañero, notando en él algo anormal.

—¡Nada!, déjame solo, por favor...

Ella dióse cuenta del percance y para robustecer quizá la ilusión de Enrique, sacó discretamente de un diminuto bolsillo de la blusa un bombón de chocolate envuelto en papel de plata y, mostrándoselo, se lo brindó con movimiento felino, con gesto mimoso de franca cordialidad...

Enrique sentía que una llamarada de fuego enrojecía su cara. Sus ojos chispeaban. Su boca contraíase en ansias locas de gustar aquellos bombones...

Con gracia exquisita desnudó el chocolate, se lo llevó a la boca, y entreabriendo los labios para no tocarlo, dejó que sus dientecillos lo dividieran en dos partes iguales... Una mitad para ella; la otra, que exhibía en la punta de los dedos, para él.

Enrique, transportado por aquella segunda e inusitada invitación, proyectó su cuerpo hacia adelante, alargó sus brazos y juntando las manos la incitó a que se lo arrojara, orgulloso y palpitante de emoción.

La deliciosa vendedora sonreía siempre, satisfecha y plena de feminidad. Después de mil vacilaciones, piruetas y disimulos, optó por no arrojárselo, so pretexto de que podría caer a la calle.

¿Cómo hacer? —se preguntaba él.—Enrique no renunciaría por nada del mundo a la posesión de aquel cachito de gloria...

En súbito despertar del pensamiento, echóse hacia atrás, y ocultándose convenientemente, para no ser visto por nadie, hízola señas con las manos de que a las 7, es decir, a la salida de la tienda, podrían encontrarse. De tal suerte recibiría, en propias manos, la deliciosa golosina...

Sin titubeos, y diseñando siempre en sus labios una sonrisa, aceptó aquella proposición.

Insistió él para alejar de su espíritu toda duda. La caprichosa vendedora, con un breve movimiento de cabeza, confirmaba su decisión anterior.

La llegada de unos clientes interrumpió de pronto aquella plática original. El aprovechó esta circunstancia para acudir al llamado de su jefe.



—¡Sea discreto!—reprochó ella con acento grávido.

—Acabo de hablar con la famosa rubia de enfrente—díjome, jubiloso y alocado, mientras me palmeaba la espalda.

—¿Y cómo?

—Por señas, y nos hemos entendido mejor que si nos hubiésemos hablado al oído...

A las 7 y 20 los ojos de Enrique admiraron de cerca la soberbia figura de aquella interesantísima muchacha.

Había salido sola. La dejó andar una cuadra, como medida de precaución. Eligió el lugar menos alumbrado y, decididamente, se aproximó a ella, saludándola respetuosamente.

Contestó ella con visible nerviosidad y sin esperar de él una palabra más le dijo:

—Hágame el favor de no hablarme. Puede comprometerme...

Sorprendido Enrique—balbuceó torpemente algunas palabras.—Empero, había algo que le hacía dudar: la seriedad insospechada de la vendedora.

—No se acerque tanto a mí... Créame que es verdad.

—Pero...

—¡Sea discreto!—reprochó ella con acento grávido.

¿Qué querían decir estas palabras? Enrique, creyéndolas un disimulo, insistió.

—Le juro a usted que me compromete. En la esquina me están esperando.

—¡No es cierto!—imploró afectísimo y desconcertado el entusiasta galanteador.

—Sígame, si quiere, pero no me hable ahora. Si no encuentro a nadie...

—¿De veras?

—Sí...—gimió ella agradecida.

Acortó el paso Enrique y dejó que se le adelantara.

Llegaron a la esquina próxima y—¡oh, fatalidad!—la muchacha tenía razón. Un hombre joven y apuesto la tomó cariñosamente del brazo izquierdo y se la llevó.

Nuestro buen amigo siguió a la pareja a prudencial distancia.

De vez en vez, ella volvía la cabeza, envolviendo a Enrique en una mirada de esperanza...

Así caminaron diez o doce cuadras. Se despiden y ella entra en una casa de departamentos.

Deshecho y amargado volvióse Enrique. Aquella noche ni comió ni durmió.

Al día siguiente, en cuanto llegó a la oficina se precipitó al balcón. Sus ojos, orlados de profundas ojeras, interrogantes y filosos como espadas, se encontraron con los de la desesperante vendedora. Se saludaron. Ella volvió a sonreírle enigmáticamente. Entretanto, él hacía algunos gestos y ademanes.

La muchacha introdujo dos dedos en el pequeño bolsillo de su blusa, extrajo la mitad de aquel bombón de la víspera y con particular sutileza se lo mostró... ¿Lo guardaría para él?

Le indicó Enrique que la esperaría nuevamente. Su contestación fué negativa. El, imperioso entonces, insistió y la vendedora bajó indecisa la cabeza, sin definirse en ningún sentido. Pero, evidentemente, asentía.

Aquella segunda noche la suerte no fué más propicia que la anterior para mi compañero.

—Se ha burlado de mí — decíame quejumbroso. ¡Es una coqueta!

—No creo que haya sido ese su propósito—repuse yo.—Has tenido poca suerte hasta ahora, nada más.

—¿Tú crees que si hubiera ido sola?...

—Creo que sí... y a estas horas serían ustedes grandes amigos.

—Entonces...

—Espera e insiste. El secreto del éxito consiste en saber esperar...

Al tercer día, Enrique, sin avisarle nada y sin dejarse ver en todo el día, la esperó.

Fué inútil, la escena se repetía invariablemente.

Y así el cuarto día, el quinto y para qué más... Enrique se cansó. Como nunca, sentíase perturbado, cohibido. Aquella mujer lo trastornaba con esa su prometedora sonrisa, que nunca pudo interpretar exactamente.

—Una sonrisa de mujer es siempre un canto de esperanza—decíale yo con el fin de alentarle en lo posible.

Esta ingenua y sencilla aventura tuvo la virtud de proporcionarnos tema para diversas y animadas conversaciones que siempre terminaban con preguntas como estas: ¿Se habrá reído de mí? ¿Le habré interesado de veras? ¿Ensayaría, tal vez, una humorada de coqueta?

EL MUNDO PREHISTÓRICO

El hombre en los albores de la historia

Hemos seguido al hombre desde sus comienzos hasta la aurora de los tiempos históricos. Esta aurora está alejada de nosotros apenas diez mil años—ayer, podríamos decir, si se considera que desde el momento en que la especie Hombre apareció en la Tierra ha transcurrido un millón de años—según cálculos muy moderados. De este millón de años corresponde casi todo él al bárbaro primitivo, al salvaje desmelenado y apenas humano que luchó contra el feroz medio ambiente como no luchó jamás representante de especie alguna. No hubo—hemos insistido en ello—ser más desamparado que aquel pesado bípedo sin grandes fuerzas, sin colmillos, sin garras, sin ninguna de las cualidades que defienden a una especie en su lucha por la vida. Durante centenares de miles de años la existencia de aquel oscuro antecesor fué un martirio vivo. Y si resistió, luchó y triunfó con imponderable energía, es porque todo el esfuerzo intelectual sumado y acumulado por la raza humana hasta nuestros días, estaba ya concentrado en el cerebro oscuro de aquel titán de la era terciaria.



El arte prehistórico.

No es concebible el número de años que el hombre primitivo impregnado aún de brutalidad ha necesitado para formular las dos o tres ideas que hoy nos parecen inseparables de todo hombre, por pobre de espíritu que nos parezca. El bárbaro primitivo debió conocer terrores de que la ctual alma humana no puede tener ya idea; inquietudes de un orden que se nos escapa, como la inquietud y el terror crepusculares ante el sol que desaparecía, sin haber adquirido aún la seguridad de que volvería a salir al día siguiente.

Hoy mismo, después del millón de años transcurridos, los terrores y los gozos ancestrales profundamente incrustados en la naturaleza humana no nos han abandonado. El crepúsculo de campo o monte provoca siempre un estremecimiento; la marcha sobre el pasto alto nos inquieta siempre; el bastón nos da una fuerza y una seguridad totalmente ancestrales en plena urbe donde nada podemos temer; en el placer de triturar un hueso de ave—vestidos de frac—el salvaje prehistórico es quien está haciendo presión en nuestras mandíbulas.

Un breve cuadro nos dará idea final dé las etapas por que ha atravesado el hombre desde el momento relativamente cercano en que nos dejó sus rastros.

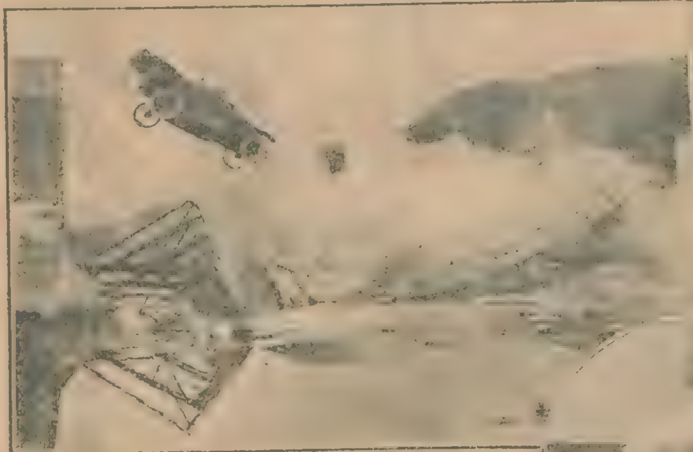
EDAD	PERIODO	PROGRESOS
De la piedra	Paleolítico	El hacha.
	Merolítico	Dibujo.
	Neolítico	Cerámica. Adornos.
De los metales	Del cobre	
	Del bronce	Moneda.
	Del hierro	

El hombre, pues, conoció y trabajó primero el cobre, luego el bronce y finalmente el hierro. Pero con estas tres adquisiciones, y especialmente la última, el hombre entra ya realmente en el comienzo de la época histórica.





TRUCOS DE LA CINEMATOGRAFÍA



Hundimiento total del puente y caída del automóvil perseguidor.

Hay muchos episodios recogidos en las cintas cinematográficas que no son ni pueden ser reil[illegible]s de la realidad verdadera; son ficciones y apar[illegible]cias de realidad ingeniosamente preparadas y dispuestas para producir una impresión—como la de los efectos escenográficos y como la del arte del actor—que deje en el ánimo del espectador la idea de verosimilitud, de suceso que no ha ocurrido, pero que pudo ocurrir en condiciones análogas o semejantes a aquéllas en que se le presentan.

Hasta ahora las principales empresas cinematográficas han operado rodeando de misterios las manipulaciones indispensables para la ejecución de sus "trucos".

No hay empresario de comedia, de magia, ni prestidigitador avisado que se atreva a destruir previamente los efectos del espectáculo, privando a la concurrencia de las sorpresas discurridas y combinadas por la tramoya y por la destreza del escamoteo.

Sin embargo, cuando dentro de la ficción hay una realidad efectiva, efectiva en los riesgos y en los elementos escénicos, los cinematografistas suelen acceder excepcionalmente a que el público conozca las dific[illegible]tades no pequeñas y los diversos problemas que ha habido necesidad de resolver para la perfecta obtención de una determinada película.

Prontamente aparecerá en las pantallas de los cinematógrafos un "film sensacional y emocionante" (así dicen los que no saben decir película sorprendente y conmovedora).

"El automóvil que vuela" es el título de la nueva película obtenida en las cercanías de Berlín con el concurso del primer actor Enrique Pieldans.

Voladura del puente.

Un río, un puente y un automóvil son los elementos principales para la producción de esta cinta. Los operadores se instalan convenientemente en una balsa o pontón, aproximándose más o menos—según las [illegible] automóvil, disfrazado o "caracterizado con aspecto de monstruo, a la manera de un *Fafner* modernizado, avanza a velocidad máxima hu[illegible]ndo de la tenaz persecución de que es objeto.

Para salvarse necesita atravesar el puente y seguir ganando ventaja y aumentando la distancia que le separa de los perseguidores; éstos le van a los alcances en otro automóvil lanzado a carrera desenfrenada.

En el preciso instante en que el automóvil perseguido entra en el puente, llevando impulso tal [illegible] no le permite el retroceso, una explosión de dinamita—producida con la exactitud que se desea merced a un contacto eléctrico—destruye todo el primer tramo de la que, al parecer, es robusta obra de fábrica. Cae deshecho el primer arco del puente, pero el automóvil se eleva convirtiéndose en cierto modo en aeroplano,—permanece un [illegible]tante en el vacío y, con el irresistible empuje de su potente motor, salta buscando el estribo del segundo arco y deja atrás el puente, continuando la huída con redoblada velocidad.

Mientras tanto, y este momento es de verdadero compromiso para el operador, porque exige una precisión verdaderamente cronométrica, el automóvil perseguidor ha entrado en el puente poquísimos segundos después que el perseguido. Tampoco puede retroceder para ponerse a salvo del hundimiento determinado por la explosión. Intenta, a la desesperada, repetir la proeza del fugitivo; pero al ir a buscar apoyo en el estribo del segundo arco del puente éste se desploma en totalidad, haciendo que se hunda y se estrelle el automóvil perseguidor. La catástrofe se ha consumado y la impresión es de realidad positiva, de verdadero desenlace de un drama.

El puente es un artificio de hierro, yeso y madera, pero con la resistencia bastante para soportar el choque del automóvil que vuela y que efectivamente ejecuta, no sin peligro para el actor, el salto en el vacío.

El hundimiento, o sea la caída del automóvil perseguidor, es otro "truco" ejecutado con habilidad y limpieza. Hasta el momento de entrar en el puente el perseguidor es un personaje de carne y hueso, y el automóvil un magnífico ejemplar de una de las mejores marcas. Pero al entrar en el puente se efectúa el escamoteo, y el automóvil se cambia por una imitación del efectivo vehículo, y el conductor queda substituido por un maniquí.

La ilusión es perfecta, y la película resulta con absoluta apariencia de verdad y sin que en ella se observen las combinaciones artificiosas que aparecen examinando detenidamente las fotografías.

A más del peligro que corre el actor, esta película ha exigido mucho trabajo y grandes desembolsos. La construcción del puente representa esfuerzos y gastos que no tienen aprovechamiento ulterior, puesto que el público, que aprecia el encanto de una sorpresa, no tolera que se le sirva, como efecto dramático, una nota ya conocida y, por lo tanto, desprovista de originalidad.

Agréguese a todo lo dicho la cantidad de en[illegible] que han de efectuarse hasta obtener una cinta cinematográfica en condiciones aceptab[illegible] prenderá que el buen éxito de cuantos [illegible] en la operación es idéntico al que experim[illegible] el personal de un teatro cuando el público [illegible] a la terminación del estreno de una obra.

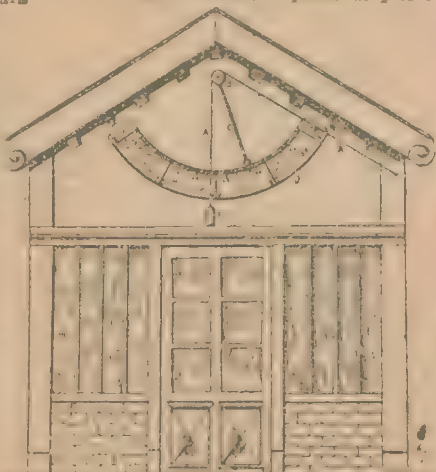
¿Pasamos en verdad por un período ciclónico en la Argentina?

El higrómetro mural nos daría el alerta

Todo el mundo sabe que la presión atmosférica (esto es, el peso de la atmósfera) aumenta cuando hace buen tiempo y disminuye cuando el tiempo está descompuesto. O mejor aún, cuando está por descomponerse. El aparato de física que nos da esta medida es el "barómetro", también perfectamente conocido de todos, y al alcance de todo el mundo por su poco precio. Cuando la columna de mercurio o de alcohol sube, podemos pues decir que hará buen tiempo, y lo contrario, cuando baja.

Pero esta sola indicación del barómetro no basta desgraciadamente. Un fuerte viento, con el trastorno de las capas atmosféricas que acarrea, alcanza, en efecto, a hacer bajar la columna de mercurio. Algo más necesitamos, y esto es el estado de humedad del aire. Si al mismo tiempo que el barómetro baja, la humedad de la atmósfera aumenta, podemos estar casi seguros de que al día siguiente tendremos lluvia.

Pues bien, es el "higrómetro" el aparato que nos indica este grado de humedad del aire. Y es por lo mismo digno de mención el hecho de que casi todos nuestros establecimientos de campo, chacras y quintas estén desprovistos de tan importante aparatito.



¿Qué cuesta, en verdad, fabricarlo en nuestra misma casa? Nada o casi nada. Demos, pues, una descripción de él, tanto más útil cuanto que los higrómetros de gabinete (el de Saussure, por ejemplo), son notablemente frágiles.

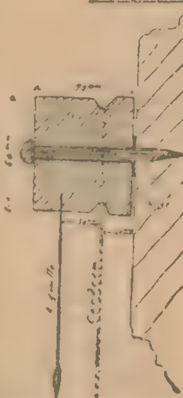
El "higrómetro mural" no requiere sino una pared con alero, y orientada al sud, y consta de las siguientes partes:

1.º Un piolín de algodón, de 5 metros de largo, atado por un estremo a un costado de la pared, y unido por el otro a una pesa de hierro de 500 gramos más o menos.

2.º Una polea de madera dura, girando libremente alrededor del eje.

3.º Una aguja clavada a la polea, de 60 ctms. de largo.

4.º Una escala pintada en semicírculo en la pared, graduada de 1 a 100.



Como el grabado indica claramente, el aparato funciona pasando el piolín por la polea. Dado el largo de la aguja, las menores variaciones de la polea aumentan considerablemente sobre la escala.

Para graduar el higrómetro con precisión, se coloca el piolín durante media hora en el horno de una cocina económica, a fin de secarlo completamente, y luego se le ata a la pared, haciéndolo pasar por la polea. Se lleva con la mano la aguja a un extremo de la escala, lo que nos dará el "grado" 0 de humedad del aire.

Se retira en seguida el piolín y se le sumerge por una hora en agua, tras lo cual se le sujeta de nuevo a la pared. La cuerda, fuertemente encogida, arrastrará la aguja al extremo opuesto de la escala, en cuyo punto marcaremos el "grado" 100 de máxima humedad. Sólo nos queda dividir en 100 partes el arco descripto por el piolín. Si el arco en cuestión sobrepasara la amplitud calculada de la escala, todo queda areglado acortando la cuerda de 40 ó 50 centímetros.

El funcionamiento de este admirable higrómetro se desprende de sí mismo: La humedad del aire imprime al piolín de algodón un movimiento de torsión que lo encoge en proporción al estado higrométrico del aire. La polea y la aguja son así arrastradas de derecha a izquierda. La sequedad, en cambio, estira la cuerda y la pesa de hierro obliga a la polea a girar de izquierda a derecha.

En razón de las virtudes higrométricas del piolín de algodón, y del largo de la aguja que marca en gran aumento el más pequeño movimiento de la polea, este higrómetro es un verdadero aparato de precisión, cuya utilidad al lado de un barómetro no tiene precio en una casa de campo.

Nos olvidábamos de advertir que el higrómetro debe estar naturalmente a resguardo del sol y la lluvia.

La marcha es el tipo del ejercicio completo: además, es fácil de graduarse, y no se está expuesto a llegar al exceso de fatiga.

¿Sabe usted sonarse las narices? —*Pues no lo sabe. Para sonarse no hay que aplastarse las narices entre el pañuelo y soplar luego, porque el aire repercute sobre el oído. La manera más natural de sonarse consiste en oprimir una nariz y soplar por la que queda libre, repitiendo la operación de cerrar ésta y soplar por la anterior.*

¿ES ESTO UNA FANTASÍA O HA SUCEDIDO ALGUN DÍA?



Como quien caza "chingolos"
Juanito juega a los bolos.



Y los bolos, por venganza,
le hacen un día una chanza.



Unidos en contra de él
le atan con un cordel.



Y con Juan juegan contentos,
desoyendo sus lamentos.



La acción fantástica aterra
hasta a su amiga la perra.



Cuando llega la criada
allí no ha pasado nada.

CURIOSIDADES Y RAREZAS

La bicicleta simplificada.—Llegar a simplificar los velocípedos hasta el punto de que consista en una rueda única, es cosa que no juzgará imposible nadie que haya visto en el circo a un artista haciendo uso de la monocicleta, no ya sólo para correr, sino hasta para saltar a la c— ba. Acaso llegue día en que anden así todos los ciclistas, pues lejos de limitarse el ejercicio a las pistas de los circos, ya hay quien lo practica en plena vía pública, como se ve por la adjunta fotografía. Así modificado, el ciclismo será sin duda más difícil, pero no puede negarse que la máquina resultará mucho más económica, lo que no es de despreciar según se van poniendo los tiempos.



El artista ciclista Korzischefski paseando con su monocicleta por la plaza Potsdam, en Berlín.

* * *

La pesca del ámbar. — El mar que más ámbar da es el Báltico, y en particular la región vecina a Konigsberg. Aún en la antigüedad este distrito era el Potosí del ámbar. Con frecuencia, esta sustancia, que no es sino resina mineralizada de pino, es arrojada a la costa por las olas, especialmente después de violentas tormentas, cuando las aguas en su furia rasgan la llamada "tierra azul" que forma el fondo de los bajos.

Las pepitas o trozos de ámbar varían de tamaño. Hay una en Berlín que pesa 15 libras y avalorada en 37.500 francos. La pieza más grande que se ha pescado, pesaba tres libras más que la citada. Un pescador sacó, no hace mucho, en su red un pedazo que pesaba trece libras, por el que le ofrecieron 25.000 francos.

En Palmnicken, se explota una mina de ámbar en la que los trabajos, tanto de superficie como subterráneos emplean muchos cientos de hombres.

La tierra azul se trabaja con pico y pala, y después de extraer las pepitas más grandes se lava como se hace con las tierras auríferas.

* * *

La religiosidad de una palmera. —Hay cerca de Faridpur, en Bengala, una palmera que hace muchos años, muchísimos años, fué torcida por un ciclón que tumbó y desarraigó otros muchos árboles, habiendo quedado desde entonces inclinada, formando con el suelo un ángulo de unos cuarenta grados. Lo curioso de este árbol no está, sin embargo, en su posición, sino en que todas las tardes, cuando en una pagoda de las inmediaciones suena la hora del rezo vespertino, su tronco se inclina todavía más hacia el suelo, y sus ramas se arrastran reverentemente por tierra, no volviendo a levantarse hasta la mañana siguiente.

Como es natural, los naturales de Bengala veían en este árbol un caso curiosísimo de religiosidad vegetal, un verdadero prodigio; pero hay en Calcuta un indio ilustrado, un hombre de ciencia, sir Yagadis Chunder Bose, que viene hace tiempo dedicándose a estudiar la sensibilidad de las plantas. Este sabio ha aplicado a la palmera, no sin alguna objeción por parte de su propietario, sus delicados instrumentos, y ha visto que el aparente milagro tiene, como todos, su explicación. La tal palmera no es más que un ejemplo de la influencia de las diferencias de temperatura en los tejidos vegetales. Todas las plantas se mueven un poco en una dirección o en otra, según que la temperatura sube o desciende, y lo que ocurre con la palmera de Faridpur, es solamente que, por su posición inclinada, el movimiento de su tronco es más apreciable por formar el suelo un punto de referencia, aparte de que el peso de las hojas hace el movimiento de descenso más brusco y más intenso.

* * *

La pantera de Miss Peggy.—No hace mucho que miss Peggy Marsh, la notable actriz norteamericana, recibió la visita de un rico oficial de la marina yanqui.

Después de darse a conocer, la dijo:

—Me han dicho, señorita, que tiene usted una pantera admirable.

—En efecto...

—¿Podría verla?

—No, señor—respondió miss Peggy con una picaresca sonrisa.

—¿No está aquí, tal vez?

—Sí, pero...

—¡Voy derecho al objeto de mi visita, miss! Yo deseo llevarme esa pantera como *mascota* para mi buque. ¿Cuánto quiere usted por ella?



Peggy Marsh, afamada artista yanqui de la escena muda.

La actriz no pudo contener la carcajada, con gran asombro del ingenuo marino, algo desconcertado por aquella risa, para él inexplicable.

—¿Cuánto quiere usted por ella? insistió el oficial.

—No la vendo, señor — contestó miss Peggy, sin cesar de reir. Y de venderla, el precio sería demasiado caro.

—Pero...

—Sí, amigo mío. Porque esa pantera de que han hablado a usted es... ¡una que tengo tatuada en la espalda!

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMÁS

Anécdotas de Lamartine. — En los días que siguieron a la revolución de febrero de 1848, el gobierno provisorio, instalado en la municipalidad, era asaltado sin descanso por una multitud de diputaciones que iban a ofrecerle, de manera a veces amenazadora, su adhesión a la república.

Dotado de una admirable sangre fría, Lamartine, día y noche sobre la brecha, despilfarraba los recursos de su incomparable elocuencia para despedir satisfechos, a fuerza de cumplidos, a los energúmenos más peligrosos.

Las mismas mujeres intervenían en estas procesiones cívicas y desfilaban con banderas, llevando ruidosamente al nuevo poder las propuestas más incendiarias y más disparatadas.

Una de estas diputaciones femeninas llegó un día a la municipalidad y fué inmediatamente introducida en la sala de las deliberaciones. Al discurso que se le espeta, Lamartine responde con tanta gracia y obtiene tal éxito, que una de aquellas damas, marimacho hercúlea, notablemente desprovista de los encantos de su sexo, se aproxima entusiasmada al poeta y solicita de él el honor de besarlo fraternalmente.

Sin desconcertarse ni por un momento, Lamartine retrocede un paso:

—Ciudadana,—dice,—entre hombres debemos darnos la mano.

En la época en que, viejo y arruinado, Lamartine inundaba con avisos de sus "Conversaciones literarias" las calles de París, uno de sus amigos, extrañado de verlo entregarse a una publicidad juzgada por todos indigna de su talento, de su fama y de su glorioso pasado, le hizo amargos reproches.

—¿Qué quiere usted?—se excusó el ilustre poeta. — Hasta el mismo Dios necesita de la publicidad. Y si no, ¿de qué le sirven sus campanas?

Cambacères y la etiqueta.—En sus altas funciones de archi-canciller del Imperio, Cambacères demostraba un empaque y una solemnidad de modales cuya ridícula exageración hizo reir en más de una oportunidad.

Cierta vez, el venenoso Montrond refirió: "Al atravesar las Tullerías, encontré al archicanciller que se archi-paseaba".

(Continúa en la siguiente página.)

Los maestros del humorismo

SWIFT. — 1667-1745

INSTRUCCIONES AL COCHERO

Usted no está estrictamente obligado más que a sentarse sobre el pescante y a conducir su amo o su ama.

Tenga los caballos tan bien acostumbrados que, cuando nuestra ama haga una visita, le sea a usted permitido el ir a esperarla a la taberna vecina bebiendo con algún amigo.

Cuando le desagrade a usted salir, diga a su amo que los caballos se han enfriado, que se les ha salido alguna herradura, que la lluvia les hace mal, les mancha la manta y pudre los arreos.

Si su amo de usted cena en casa de algún amigo, fuera de la ciudad, beba esa noche como un templario, pues se ha demostrado terminantemente que un buen cochero no conduce nunca tan bien como cuando se embriaga, y muestre entonces su habilidad costeando los precipicios, y podrá usted asegurar que jamás dirige tan bien como cuando ha bebido.

SISTEMATICO

—Tu padre parece que ve con agrado que yo te festeje.
—¿Por qué?
—Porque ayer me dió un dato para la bolsa.

El buen humor de los demás

(Continuación de la página anterior)

Se atribuye a Cambacères esta frase que quizás no sea suya; pero que pinta admirablemente a ese personaje decorativo, henchido de su importancia y al que siempre se veía circular con paso grave, la frente erguida, aires protectores y desdeñosos, entre una doble hilera de cortesanos:

—Amigos míos—se asegura decía,—no me abruméis con mis títulos. Cuando estemos ante el público, limitaos a llamarme alteza, y, en la intimidad, llamadme simplemente... monseñor.

Intransigente en cuestiones de etiqueta, una de las manías de su alteza serenísima el príncipe archicanciller del imperio era la de exigir que las mujeres no asistiesen a sus grandes recepciones del sábado sino con pollera de cola. Una noche madame de La Rochefoucauld, da-

HALAGADOR



El instructor.—¡Admirable! Unas cuantas clases más y será usted tan jinete como cualquier gaucho.

ma de honor de la emperatriz Josefina, hizo de manera picante la crítica de esta pretensión. Al llegar ante el archi-canciller, sin el vestido usual, explicó:

—Perdonad, monseñor, que me presente tan simplemente vestida; pero salgo de los salones de la emperatriz y no he tenido tiempo para mudarme de ropa.

Encantado.—Mi hermano vive en Irlanda, y dice que está encantado.

—¿Encantado de vivir en Irlanda?

—¡No! Encantado de seguir viviendo.

Nueva guía.—Dada la frecuencia de los divorcios, se hace sentir la necesidad de una guía que nos informase trimestralmente de los nuevos maridos de ciertas señoras. La guía podría titularse: "¿Quién es su actual esposo?"

Café para pensionistas.—En una casa de pensión, la dueña, durante el desayuno, pregunta melosamente a su nuevo pupilo:

—No creo pueda quejarse de nuestro café con leche.

—¡Oh, no, señora! ¡No hay peligro!—contesta el interpelado.—Yo nunca hablo mal de los ausentes.

Todavía en peligro.—¿Aun no está su hijo fuera de peligro?

—No, desgraciadamente; el doctor aun debe hacerle dos o tres visitas...

Convenio cruel. — Querido maestro, me sería sumamente grato encargarle a usted mi retrato; pero le advierto que no puedo pagarle cinco mil pesos.

—Está bien, señora: se lo haré por tres mil pesos. Eso sí, le aseguro que será de una implacable fidelidad.

Autoridad suprema.—¿Qué es una ficción?—pregunta una chica de pocos años a otra de no más edad.

—Una ficción es lo mismo que un cuento, y un cuento es una mentira.

—No, no es eso

—Y yo te digo que lo es, porque mi padre me lo ha dicho, y es profesor en la facultad.

—A mí no se me importa. Mi padre es periodista y sabe muchas más mentiras que el tuyo.

CRÓNICAS CINEMATOGRÁFICAS

De la escena muda

por ZADIG

La hija del desierto. — El argumento de esta película es del más puro corte folletinesco.

Las primeras escenas nos muestran una niña arrebatada, en el desierto, a sus padres europeos por una banda de árabes merodeadores.

Años después, la niña se ha convertido en mujer y vive tiranizada por el ex capitán de bandoleros que la raptó.

Un extranjero de paso por Africa, conoce a "la hija del desierto", se enamora locamente de ella, la compra en circunstancias sumamente melodramáticas y la lleva a Inglaterra, después de haberla desposado. En Inglaterra, la hija del desierto encuentra una rival implacable en una antigua pretendiente al nombre y a la fortuna de su marido.



Marcia Manon, que acompaña a Clara Kimball en la película "La mujer salvaje".

Celosa e ignorante de las costumbres sociales europeas, la hija del desierto no tarda en comprometerse. Cierto lord la ronda con intenciones misteriosas. Por salvar a su esposo de un desastre pecuniario, la protagonista se ofrece al lord referido. Pero ese sacrificio, que hasta hace poco estuvo de moda en el teatro, no es necesario. El noble, a quien se suponía enamorado de la heroína, es solamente un pariente de ésta, que la reconoce y la enriquece con una rapidez cinematográfica.



¿Para qué continuar? El menos documentado en arte mudo ha reconocido en este argumento a una de esas combinaciones de irrealidad y de ilogismo de que vive hace años el arte silencioso subalterno.

Todo el talento de Bessie Barriscale es impotente para dar apariencias de realidad y elementos de interés a esta disparatada película.

Y desde que perdió sus ex directores de la vieja Triangle, el talento de Bessie Barriscale está peor dirigido y menos bien acompañado que en aquella admirable compañía.



Bessie Barriscale, protagonista de la mediocre película "La hija del desierto".

La mujer salvaje. — Este cine-drama se presenta como adaptación de "La fille sauvage" del admirable escritor François de Curel, pero, desgraciadamente, cuesta mucho admitirlo.

"La fille sauvage", sea en su primera o en su segunda versión, es una de las obras más vigorosas y sugestivas del teatro moderno; la película que pretende adaptarla a la escena muda, la desfigura y vulgariza hasta hacerla irreconocible, y no posee, naturalmente, el contenido filosófico, la trascendencia intelectual de la magnífica obra de Curel.

En ésta, una mujer salvaje, salvaje entre los salvajes del interior del Africa, es encontrada por una tribu en un cepo para osos. La mujer es, no menos por su absoluta carencia de indumentaria que por sus costumbres puramente instintivas, un ser completamente primitivo. Un explorador francés, Pablo Moncel, que se encuentra entre los salvajes que acaban de cazar "la fille sauvage", la pide al rey africano y la lleva a Europa para estudiarla e instruirla.

La mujer salvaje es bautizada con el nombre de María y convertida al catolicismo. Su fe es intensa e infantil, hasta que una estratagema empleada para impresionarla y descubierta por ella, la desengaña de la religión. Lo único que aun la liga a la civilización en que la ha introducido bruscamente es su amor por Pablo Moncel, un amor a la europea, bien distinto de las pasiones salvajes que ha conocido en su vida montaraz. Pero Pablo no la ama, la ha educado e instruído para hacerla volver al Africa como misionera, como representante de la civilización europea, y muy especialmente de los intereses coloniales de la Francia.

Este último descubrimiento desilusiona a la mujer salvaje, y, a su vuelta a la tribu, su educación sólo le sirve para dominar más ladinamente las inteligencias groseras y supersticiosas de los salvajes. La emancipación de María de la influencia europea, se consumaba con la muerte de un misionero, ordenada por ella misma, y, en la segunda versión del drama, presenciada por el propio Pablo Moncel, que asiste de este modo, impotente y desesperado, a la ruina de sus esperanzas.

Obra amarga y profunda, "La fille sauvage" podía pretender a ser tomada como "una síntesis de la humanidad, desde el punto histórico y filosófico", según lo declara François de Curel.

En cambio, no menos por su afabulación pueril que por su presentación insuficiente, "La mujer salvaje" que nos ofreció el cine es una concepción pueril que sólo por la idea central y ciertos nombres propios, recuerda a la obra maestra del intenso dramaturgo francés.

Dicha película pone en escena una mujer salvaje, muy poco salvaje. Juega con los monos, de muy distinta manera que su modelo, y lejos de pertenecer a una tribu montaraz y nómade del centro de Africa, es la hija de un francés y de una gitana. No tiene la brutal experiencia de la vida que poseía la heroína de Curel, y es de una ingenuidad inocente que haría sonreír desdeñosamente a su hermana mayor.

El Pablo Moncel de la película, por su parte, no ve en su mujer salvaje correspondiente nada de lo mucho que vió su homónimo en la suya. Pablo Moncel, en la cinta, no es ni un filósofo ni un ambicioso: es un pobre diablo que viaja por olvidar decepciones amorosas y que concluye por casarse con la mujer salvaje que ha convertido a la civilización.

Si la obra de Curel puede ser una "síntesis de la humanidad, desde el punto de vista histórico y filosófico", la película igualmente denominada no es sino una de las tantas producciones en que lo convencional y lo necio intervienen por partes iguales.

Clara Kimball Young, Milton Sills y Marcia Manon—esta última en un papel inútil y exclusivo de la película, —interpretan de manera encomiable las partes principales de esta cinta que no adapta, sino que desnaturaliza, tergiversa y desmedra la concepción magnífica y elocuente de François de Curel.

Clara Kimball Young, heroína de "La mujer salvaje".

CÓMO VIVEN LOS MOSQUITOS

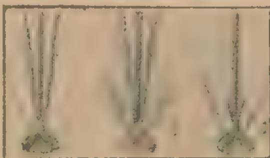
Los antiguos, que se dejaban llevar mucho por las apariencias, habían ideado la fábula de los vampiros, sin imaginar que en el fondo de ella había algo de cierto, con la diferencia de que los seres que vienen durante la noche a chupar la sangre de los hombres, robándoles poco a poco la vida, son mucho más pequeños, y en apariencia más inocentes.

Hoy ya nadie ignora que los mosquitos son enemigos de nuestra existencia, y que el daño que nos hacen no se limita al escozor más o menos agudo que su picadura nos produce. Pero todavía hay mucha gente que no tiene noción exacta de lo que son los mosquitos, y es frecuente designar con este nombre insectos que no deben llevarlo, a veces hasta las tipulas de largas patas. Los verdaderos mosquitos de nuestro país son de dos clases: los "Anopheles" y los "Culex". Los primeros son verdaderamente peligrosos, pues son los que pueden inocular el microbio de la fiebre palúdica. En cuanto a los "Culex", que son los generalmente llamados mosquitos de trompetilla, rara vez transmiten el paludismo, pero pueden inocular la filariosis y ciertos gérmenes infecciosos que provocan abcesos, flemones, etc.



La hembra de Anopheles, el insecto transmisor del paludismo, vista con aumento.

La curioso es que en estos dos géneros de insectos sólo la hembra tiene costumbres sanguinarias. Los machos, más románticos, viven sobre las flores y se nutren de substancias azucaradas. Es muy fácil distinguir los dos sexos. Los machos tienen las antenas plumosas, mientras las hembras las tienen casi desnudas. Igualmente fácil es reconocer la hembra de un "Anopheles" de la de un "Culex". En la primera, los dos palpos que hay a los lados de la trompa son tan largos como ésta, mientras los de la segunda son mucho más cortos. La trompa misma se compone de una vaina formada por dos piezas bastante blandas, una superior y otra inferior, que encierran una especie de cerdas duras, propias para perforar la epidermis. Las especies de "Culex" son más numerosas que las de "Anopheles". De este último género, la especie más común es el anofeles de alas manchadas.



Cabezas de una hembra (1) de Anopheles, de un Anopheles macho (2) y de un Culex hembra (3).

Tan fácilmente como los mosquitos, pueden distinguirse sus huevos. Estos molestos dípteros celebran sus bodas volando, a la hora del crepúsculo, y por la mañana, muy temprano, las hembras verifican su puesta a la superficie del agua. Los huevos del mosquito transmisor de la fiebre están distribuídos aisladamente, mientras los de los "Culex" flotan en grupos aglutinantes, ofreciendo un lejano parecido con un paquete de cartuchos. Al cabo de dos días, salen de los huevos las larvas y se hunden en el agua, donde experimentan varias metamorfosis sucesivas, alimentándose de infusorios, algas y crustáceos.

El estado larvario dura de siete a nueve días, transformándose después en ninfa. No come ni hace otra cosa que agitarse y salir a la superficie del agua para respirar por medio de dos sifones que tiene en la parte superior del tórax. La duración de este segundo estado es de catorce a diez y siete días. Cuando termina, la ninfa asciende a la superficie, su envoltura se hiende, y el insecto, mediante ligeras sacudidas, saca poco a poco las patas, las alas y el abdomen; queda inmóvil algunos instantes, esperando que el contacto del aire seque y endurezca sus tegumentos y, por fin, emprende el vuelo.

El ciclo evolutivo completo de un "culex" es de un mes; el de un "anopheles" de cuarenta a cincuenta y dos días. A las dos semanas de su última transformación, las hembras pueden poner de doscientos a trescientos cincuenta huevos cada una y a veces más. Desde abril a septiembre hay de cuatro a seis generaciones, lo que daría una cifra total de mosquitos realmente fantástica si no hubiese un gran número de animalitos que consideran los huevos, las larvas y las ninfas como bocado delicioso. Estos últimos auxiliares son los peces de agua dulce, los sapos, las ranas y las larvas de los caballitos de agua o libélulas y de ciertos coleópteros acuáticos. Llegado el mosquito a su estado perfecto, tiene nuevos enemigos en los pájaros y, sobre todos, en los murciélagos, que destruyen un número considerable de estos insectos. Sin embargo, todavía quedan los bastantes para amargarnos la existencia durante el verano y en algunos casos para ponerla en grave peligro.

A parte de estos mosquitos, que podríamos llamar los mosquitos por excelencia, hay otros insectos que suelen conocerse por el mismo nombre, como son los "simulios", diminutos insectos de dos a tres milímetros de longitud que vuelan durante el día en las pequeñas praderas húmedas rodeadas de bosques, refugiándose al llegar la noche entre la yerba. Flotando a veces en nubes espesas, a cosa de metro y medio sobre el suelo, atacan por igual al hombre y a los animales, produciendo una dolorosa inflamación. La vida de estos dípteros es muy curiosa. Sus larvas viven en los arroyuelos, fijándose por su extremidad inferior a las piedras y a las raíces, mientras con ayuda de unos órganos rotatorios que tienen en la cabeza atraen los corpúsculos que les sirven de alimento. Después, cuando se convierten en ninfas, tienden en el agua unos hilos parecidos a los de las arañas. La última metamorfosis se verifica bajo el agua y el insecto sube envuelto en una burbuja de aire, que le transporta a la superficie y le permite a la vez respirar mientras llega ella, sirviendo por igual de flotador y de escafandra.

Además de la molesta inflamación que la picadura de los simulios produce, parece que estos mosquitos pueden transmitir la lepra, como otros transmiten otras enfermedades.





DE NUESTRA COSECHA Y LA AJENA

EL PRECIO DEL LIBRO FRANCÉS

Debido a la depreciación del franco y a las ventajas del cambio, el libro francés sale hoy más barato que nunca a los libreros de países como el nuestro, los Estados Unidos, Suiza y España. Sin embargo, nos cobran por él un disparate.

Un escritor francés, ocupándose de estas cosas, dice en un artículo de que se hace eco el *Mercure de France*:

Pero el vendedor extranjero, en lugar de obtener beneficio por medio de la abundante venta que acarrearía el bajo precio del libro francés, lo obtiene de *un aumento de precio completamente abusivo* y cuyo mecanismo escapa casi siempre al comprador.

Después de decir que en Suiza, hasta el invierno último, los libreros cobraban un franco suizo por un franco francés, con lo cual salían vendiendo por 10 lo que, comprendidos los gastos de porte, no les costaba sino cuatro; y después de decir que en España cobran una peseta por un franco, con lo cual venden a once lo que les sale a cuatro, y que en Inglaterra cobran cinco chelines por cinco francos, y que en los Estados Unidos los libreros llegan a cobrar el franco por encima de la par, dice:

En la América del Sud, los precios son de una fantasía aún más grande.

A esto los extranjeros llaman beneficiar del cambio. Pero es que es *un beneficio ilegítimo*, realizado a expensas de un público que continúa creyendo en la igualdad del franco, la peseta, los 0,20 oro, etc.

Sobre este punto, sin embargo, está equivocado el autor. Nosotros sabemos perfectamente que las librerías francesas de Buenos Aires nos roban, sólo que no tenemos más remedio que dejarnos robar o dejar de leer. Por lo demás, aquí, en Buenos Aires, roba todo el mundo que tiene tienda abierta.

LOS DIFICILES COMIENZOS DE LA TERCERA REPÚBLICA FRANCESA

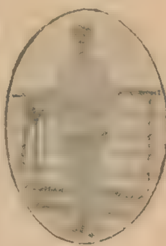
La estabilidad del régimen republicano en Francia, contrasta con los difíciles comienzos de la tercera república. Max Nordau lo hace notar así en un reciente artículo.

Gambetta, cuando sólo algunas horas después que la noticia de Sedán llegara a París, declaraba la caída del imperio y proclamaba un nuevo régimen.

"Se embarcaba audazmente en una grave aventura, porque no tenía seguridad ninguna de que la nación aprobara su iniciativa. En el momento de declarar la guerra, el imperio parecía estar muy sólidamente arraigado. El plebiscito del 9 de marzo de 1870 le había dado una mayoría tan aplastadora, que los votos republicanos hacían a su lado lamentable figura. En el cuerpo legislativo, aunque habiendo roto el cuadro irrisorio de los cinco, todavía era tan débil que, a pesar de la importancia de sus miembros, podía ser considerado como desdeñable. Al hacerse liberal, el imperio había atraído a hombres tan eminentes como Prévos-Paradol y Emile Ollivier. El ruido que se hacía alrededor de Rochefort, la enorme tirada de "La Lanterne", no probaban gran cosa. Eso era un éxito de bulevar, era la boga para los emigrados en Bruselas y en Londres, y para el extranjero aficionado a la fronda y a la fricantería. El burgués, el campesino francés, seguían siendo los firmes sostenes del imperio. Bien se lo vió, por otra parte, en las elecciones de 1871. El país mandó a Burdeos una asamblea en que los bonapartistas lo hubieran dominado todo, si Gambetta, con un golpe de audacia, no hubiese decretado que fuesen inelegibles, y en la que, a falta de ellos, los monárquicos formaban el partido dominante. Gambetta se daba tan clara cuenta del sentimiento del país que, a pesar de su audacia, no se atrevía a llamar república al nuevo régimen instituído por él, y se contemplaba con designarle como el Gobierno de la Defensa Nacional. Cuando Thiers le hubo sucedido como jefe del Ejecutivo, recomendaba sin ningún entusiasmo la república, como un expediente para salir del paso, como la forma de gobierno "que nos divide menos", y sólo fué unos cinco años más tarde, el 30 de enero de 1875, que la asamblea nacional adoptó por un solo voto de mayoría la constitución de Waddington, que declaraba francamente que la Francia era una república".


Gambetta.

LA SOMBRA EN EL ECUADOR



En la región del Ecuador, los rayos solares caen perpendicularmente a mediodía, y los objetos no proyectan sombra lateral. El hombre que se ve en la fotografía reproducida, se encuentra en el centro de su sombra, y si en lugar de un hombre fuese un cilindro regular, no aparecería sombra ninguna.

EL HUMO DE UN INCENDIO RUSO LLEGA A NORUEGA

En los dos primeros días de septiembre aparecieron en Noruega, al oeste de la capital (Cristianía), tan densas nubes de humo, que los habitantes creyeron en el incendio de los bosques vecinos; y en cuanto a aquella ciudad, el aire estaba tan saturado de olor a madera quemada, que los vecinos se vieron en la necesidad de cerrar puertas y ventanas. Empero, nada se quemaba en Noruega: el incendio ardía mucho más lejos, más allá de Noruega, más allá de Suecia, más allá del golfo de Botnia, más allá de Finlandia, y aún más allá de Petrogrado: ardía a 1,500 kilómetros de distancia, en los bosques de la Carelia, al nordeste de esa ciudad. El fuego había empe-

(Continúa en la siguiente página.)

De nuestra cosecha y la ajena

(Continuación de la página anterior)

zado a mediados de agosto, en la noche del 29 al 30, después de haber el brasero abarcado millares de kilómetros, las nubes de humo empezaron a cruzar el golfo de Botnia, alcanzando a Suecia; el 31 se extendieron sobre la Noruega oriental, y el 1.º de septiembre llegaron a la costa oeste del mismo país, hasta Trondhjem. Dice *La Nature*, que a principios de septiembre el brasero se extendió hacia el oeste, y que al día 12 amenazaba propagarse a Finlandia y estaba a 30 kilómetros de Petrogrado. Hablando de fenómenos semejantes, recuerda aquel mismo periódico, que en 1857, el incendio de una turbera del Oldemburgo (Alemania) cubrió de una densa nube a toda la Europa Central, desde las costas del mar del Norte hasta Viena y Cracovia, pasando por el Hannover, Dresde, Franckfort y Carlsruhe, y que más recientemente, en 1913, el humo de un inmenso incendio de las florestas del Canadá se extendió hasta Islandia y aún hasta Noruega.

¿PARA QUÉ SIRVEN LAS FRANJAS DE TIERRA DEL COSTADO DE LOS CAMINOS DE HIERRO?

La respuesta a esta pregunta es importante para todos los países cuya red ferroviaria es considerable. Según un informe presentado a la Academia de Agricultura de Francia, lo más práctico sería plantar moreras para criar el gusano de la seda. Además la corteza fibrosa de las ramas de esos árboles es propia para la fabricación de tejidos finos y de papel de lujo.

EXTRAORDINARIO AUMENTO DE LA PRODUCCIÓN Y CONSUMO DE COBRE

El cobre desempeña un papel esencial en la industria moderna. Su consumo, lo mismo que el del acero, es como el termómetro de la actividad industrial de un país. Según Mr. Tabch, un perito inglés, la producción mundial de cobre desde 1803 es la que expresan las siguientes cifras:

1803. . .	15.000	1883. .	199.000
1813. . .	17.000	1888. .	262.285
1823. .	23.000	1893. .	310.704
1833. .	31.000	1898. .	441.868
1843. .	42.000	1903. .	609.985
1853. .	63.000	1908. .	790.238
1863. .	76.000	1913. .	1.002.300
1873. .	122.000	1918. .	1.395.160

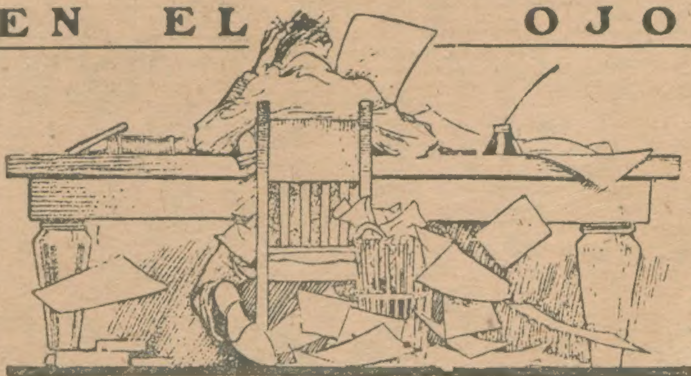
A principios del siglo XIX, Chile era uno de los países medianos productores. Hacia 1870, instaló en su propio territorio usinas para el tratamiento de los minerales, y entonces llegó a ser el más importante productor del mundo. Después de Chile venía Inglaterra, que a principios del siglo era quien figuraba en primer lugar. En 1883, los Estados Unidos, que veinte años antes no contribuían más que con el nueve por ciento de la producción mundial, desalojaron a Inglaterra del segundo lugar, y a partir de entonces progresaron rápidamente, hasta contribuir hoy con el sesenta por ciento de la producción.

ANEMIA FERROVIARIA

Este es el diagnóstico de Guillermo Ferrero sobre la esfermedad de los ferrocarriles europeos, de los cuales todo el mundo sabe que están decadentes y desorganizados. En Inglaterra, en 1919, los ferrocarriles han perdido en conjunto 54 millones de libras esterlinas, dice Ferrero; los de Alemania, siete mil millones de marcos (siete mil millones de reis, diríamos nosotros); los de Italia, mil millones y medio (¿o mil y medio de millones?) de liras.

Los ferrocarriles argentinos, pues, no tienen de qué quejarse.

LA PAJA EN EL OJO AJENO...



por Pescatore di PERLE

> Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore".
> No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo. "E si non, non".
> Esta semana corresponde la áurea moneda a "Guastavino III", de esta capital.

"La Patria Italiana en el Uruguay", del 20 de septiembre, reproduce en un grabado la primer página de "La Prensa", de Buenos Aires, y dice en la leyenda:

Homenaje de "La Patria Italiana" a "La Prensa" de Buenos Aires y de su fundador fallecido don Bartolomé Mitre.

Fina atención ésta que agradecerá el señor Ezequiel Paz, director de "La Nación".

"La Actualidad", de Rawson, del 7 de noviembre, publica un cuento titulado "Triste epílogo" que firma un señor Ciro Bolognini, domiciliado en Buenos Aires.

El señor Bolognini se ha limitado—¡oh, modestia admirable!—a copiar un cuento publicado el 11 de agosto en "Mundo Argentino": "Tras la tempestad, el rayo", de Juan París López, de la cual narración sólo ha variado el título y la firma. En el resto, hasta las comas y los puntos ha respetado el señor Bolognini, con una fidelidad que le honra, si es que la honra puede entrar por algo en esta inocente porquería.

Pero ¡Señor!... ¿A quién se le ocurre robar a una revista cuya circulación alcanza a 190.000 ejemplares? !Qué Bolognini éste!...

"La Actualidad", pero de Buenos Aires ésta, trae en su número del 6 de noviembre un cuento "Soñar despierto", firmado por Luis Miles (h.). Me apresuro a confesar que esta vez se trata de un trabajo original. Muy original, sobre todo en lo que se refiere al léxico. Juzgue el lector por estas perlitas desengarzadas al azar:

...que un metaforista *cualquiera... esa volcánica duda* erupcionaba *en mi pensamiento... hasta los* agrieses *de la muerte... la* malversidad *del tiempo... diseñando como en una palma de mercurio* (?)...

Etc., etc.

En otro lugar del mismo número, leo:

...tantas agrieses *líricas... Poetas, líricos y épicos, metaforistas y prosopopeyistas...*

El prosopopeyador que se quiera desprosopopeyar, que busque un metaforista para que le erupcione unas cuantas agrieses en la malversidad del tiempo.

¡Y a ver cuándo nos dan el premio Nobel a los sudamericanos!

"La Nación", en un suelto titulado "La Sarmiento siguió viaje de Tarento a Cádiz":

Después de una estadía de seis días en el puerto italiano de Tarento, la fragata Sarmiento reanudó su viaje el 20 del corriente con rumbo a Cádiz, última escala en el Mediterráneo *de su actual viaje de instrucción.*

Dice el colega que después de visitar a Cádiz:

El 2 de diciembre el buque escuela seguirá a Lisboa, cruzando el estrecho de Gibraltar, *para fondear en la capital portuguesa al día siguiente.*

Las nociones geográficas de "La Nación" son un tanto caprichosas por las dos poderosas razones siguientes:

1.ª Cádiz no puede ser la "última escala en el Mediterráneo" por el simple motivo de que se encuentra en el Atlántico.

2.ª Para ir de Cádiz a Lisboa es imposible cruzar el estrecho de Gibraltar, como es igualmente imposible cruzar el canal de Panamá para ir de Buenos Aires a Bahía Blanca.

Confío en que el capitán de la "Sarmiento" no se guiará por las informaciones del colega...

"Atlántida", del 18 de noviembre, en la sección "El salón de los pesos perdidos":

En una fábrica... hemos encontrado máquinas... que estaban verdes *por el óxido de zinc.*

A quien debe ponerse *verde* es a quien ignora que el ZnO da siempre *blanco*. De ahí que le llamaran los alquimistas "lana philosophorum" y de ahí que se le conozca en pintura con el nombre de "blanco de cinc".

En "Atlántida" debieran saber que la química no es cosa de broma: es cosa de "bromo" (Br.).

"Las Ultimas Noticias", de Santiago de Chile, del 13 de noviembre:

...el individuo atropellado, un sordo-mudo que respondía al nombre de Luis A. Prieto... etcétera.

¿Es cosa muy natural en Santiago de Chile eso de que los sordomudos respondan?

"La Nación", de Santiago de Chile también, del 2 de noviembre, a propósito de una visita a cierta usina eléctrica:

El señor Alessandri se impuso detenidamente del funcionamiento de los grandes motores generatrices, *turbinas y transformadores, instalados todos ellos de acuerdo con los más modernos perfeccionamientos de la* electrocución.

Pase lo de "motores *generatrices*", pero eso de que una usina tenga los más modernos perfeccionamientos de la electrocución... ¿Ignora el colega que "electrocución" es la pena de muerte por medio de una corriente eléctrica?

"La Mañana", de Montevideo, del 20 de noviembre:

La menor *Balbina Fernández, 48 años de edad...*

¡Oh, juventud, primavera eterna!...

"La Nación", del 26, en un telegrama del extranjero:

El pan ha sido muy escasísimo.

Esta manera de expresarse no es castellana. Y es que el colega se está hebraizando. En efecto, los más ilustres literatos israelitas dicen "mucho más mijior", y hacen construcciones como la de "muy escasísimo".

"La Razón", del 16 de noviembre, en un artículo titulado "Los últimos días de María Antonieta":

Estaba pálida, *pero con las mejillas muy* rojas *y los ojos inyectados.*

Todo, hasta la palidez, andaba mal en tiempos de María Antonieta.

"La Prensa", del 18 de noviembre:

PARTIDO SOCIALISTA ARGENTINO

Esta noche, a las 20.30, se realizarán las siguientes conferencias:

En Humboldt y Santa Fe, por el doctor Alfredo L. Palacios *y los candidatos a concejales Julián Pera Martínez y Carmelo Calarco; en Soler y Coronel Díaz, por* Alfredo L. Palacios, *candidatos a concejales Francisco Cerminaro, José L. Alberti y José F. Sivori; en Río Bamba y Arenales, por* Alfredo L. Palacios, *concejal Juan F. Mantecón, candidatos a concejales, etc.*

Desde que la popularidad le volvió las espaldas, el señor Palacios hace de Todopoderoso: está en todas partes a un mismo tiempo.

Un señor W. H. Koebel envía desde Londres una correspondencia que publica "La Nación", del 15 de octubre.

El señor Koebel se ocupa de la vida en los clubs, y cuenta muy suelto de cuerpo la siguiente anécdota:

Según esa leyenda, un día un socio pidió a un criado que preguntara a otro socio, amodorrado al parecer en una butaca, si había acabado ya de leer la revista que tenía en la mano; y al acercarse el criado a ese socio vió que estaba muerto *desde hacía cinco días. Nadie había advertido aún el trágico hecho porque, durante todo ese tiempo, no se había hablado en el salón una palabra.*

Que no hablaran, bien, pero que no olieran...

Para terminar, un par de avisitos. Los dos son de "La Nación", del 22:

Señora con hijo de 20 años, se ofrece para cuidar casa, ciudad o provincia...

Para cuidar provincia..., ¿Qué le parece, don Hipólito? A lo mejor le daría más resultado que el genovés Crotto.

Y este otro, que se comenta solito:

Cocinera muy competente, se ofrece, con cama; tratar en la misma.



El sacacorchos improvisado.

EL SUBSUELO DE LONDRES

La exploración de la ciudad subterránea de Londres es uno de los viajes más curiosos que un turista puede hacer. Kilómetros y kilómetros, las vías se extienden en todas direcciones formando una red intrincada de túneles como las calles de la superficie de la enorme metrópoli.

Intentemos hacer un recorrido.

Bajamos al subterráneo por el viaducto de Holborn, y nos encontramos en un paraje abovedado bien alumbrado, con suelo cuidadosamente pavimentado y paredes cubiertas de azulejos blancos. A nuestro lado vemos tendidas las tuberías que conducen el agua y el gas de varias compañías y los canales por los que van los hilos de la Compañía de Electricidad y los del telégrafo de la Central de Comunicaciones. Un poco más alto pasan los tubos neumáticos por los que, con velocidad vertiginosa, van los telegramas escritos de una parte a otra de la ciudad.

A medida que seguimos nuestro camino encontramos a derecha e izquierda nuevos túneles, nuevas calles, cada una con su nombre, con el de la calle a que corresponden.

Tomamos a la izquierda, seguimos por la calle Fleet, y vemos a nuestra derecha la subterránea de Shoe Lane, y a la izquierda, Whitefriars y Bouverie. Casi todas las calles de Londres tienen su vía subterránea correspondiente, y cada casa de la calle tiene su número en el túnel en el lugar que le corresponde.

De trecho en trecho encontramos agujeros en el techo en forma de pozos; son ventiladores para comunicarse con el mundo exterior. Por ellos oímos las pisadas de los transeuntes y el rodar de los vehículos, mientras que a nuestros pies resuena ruido de pesado convoy: el metropolitano o el tubo, cargado de viajeros, y por las rejas de otro agujero en el suelo vemos el trajín de una estación del ferrocarril subterráneo.

Para continuar nuestra expedición nos ponemos un traje impermeable, fuertes botas y nos proveemos de un farol; descendemos a las profundidades de Farringdon y nos encontramos allá abajo en el histórico río Fleet, que en otro tiempo corría surcando verdes praderas desde las colinas de Hampstead.

Llegamos a un canal abovedado, de unos tres metros y medio de alto, por donde las aguas del Fleet encauzado corren hacia el Támesis. A medida que avanzamos, el ruido de agua que cae en masa, de cascada, aumenta, y a poco damos con ella: un nuevo caudal de agua que se vierte sobre el Fleet, aumentando considerablemente su caudal. ¡Una verdadera catarata bajo el mareante tráfico de Ludgate Circus!

Pero aún nos falta que ver lo más curioso de Londres subterráneo: el gran sistema de alcantarillado. La red de alcantarillas de la capital de Inglaterra es tan extensa, que en línea recta colocadas formarían un canal como desde Londres a Sevilla.

Pero aún no hemos visto todas las maravillas. Allí abajo, a profundidades enormes, cientos de kilómetros de otros túneles conducen cañerías de gas y agua, y a diferentes niveles, la red más grande y complicada de ferrocarriles subterráneos.

Cerca del Strand podemos bañarnos en los baños subterráneos, en los que el emperador Severo se lavoteaba hace diez y siete siglos.





De Gran Moda

CALZADO

N.º 5162—**ZAPATO** en raso negro, a. . . . . . $ **20.—**
N.º 5150—**ZAPATO** en raso negro, bordados mostacilla, a. . . . . $ **22.—**
N.º 5168—**ZAPATO** en potrillo, con pespuntes blancos, a. . . . . $ **16.50**
N.º 5143—**ZAPATO** en potrillo charolado. . . „ **16.—**
N.º 5183—**ZAPATO** en potrillo charolado. . . „ **11.50**
N.º 5631—**SANDALIAS** en cuero marrón.

Medidas	17-20	21-24	25-28	29-33	34-37
$	**3.30**	**3.90**	**4.50**	**5.30**	**6.80**

MEDIAS

MEDIA blanca, de algodón mercerizado, caña muselina muy transparente, con refuerzos en el pie y dobladillo, a. . . . . $ **1.50**

MEDIA blanca, en muselina mezcla de hilo y seda, artículo muy conveniente, reforzado y con costura, $ **3.—**

MEDIA de seda, con costura, puntera, talón y dobladillo reforzados, tejido fino y elástico, en color blanco o marrón, a. . . . . $ **4.50**

Buena MEDIA de seda, con costura, reforzada en hilo, en color blanco o marrón, artículo de inmejorable resultado, a. . . . . $ **6.50**

MEDIA de seda, gris, con refuerzos de algodón, verdadera ocasión, a. . . . . $ **2.—**

LIQUIDAMOS MEDIAS de seda negra, con refuerzos de algodón, artículo muy conveniente y de buen resultado, a. . . . . $ **1.50**

MEDIA negra francesa, de seda natural, tejido muy fino y transparente, el pie reforzado y la parte alta de hilo fino. **Precio excepcional**. $ **5.50**

MEDIA negra, de seda natural, reforzada en hilo, con costura, pie francés, malla fina de muy buena calidad, a . . . . $ **6.80**

MEDIA negra, toda de seda natural, con costura, pie y dobladillo bien reforzado; precio de reclame. . . . . $ **7.50**

En medias de seda francesas legítimas tenemos un variado surtido con cuchillas bordadas y caladas, con costura y refuerzos de seda, a

PRECIOS MUY REBAJADOS





Una cara bonita...
de hermosura esplendente y aterciopelada suavidad; de suprema fragancia y blancura de loto, digna del más expresivo elogio, es la que ostenta toda dama que conoce el arte de embellecerse, usando diariamente en su "toilette" los finísimos productos

CREMA y POLVO

ECLATINE

Elaborados con substancias purísimas que ejercen benéfica y duradera acción sobre el cutis.

Crema ECLATINE		. . . .	$ **2.50**
Talco	»	exquisitamente perfumado . . .	» **1.50**
Polvo	»	caja encarnada.	» **1.20**
»	»	» azul.	» **1.80**
Jabón	»	etiqueta encarnada	» **0.45**
»	»	» azul.	» **0.80**
Agua Blanca ECLATINE.		. . . .	» **2.50**

Se venden en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías

REPRESENTANTE:
En Montevideo (Uruguay):
SURRACO, REY y Cía.
Rincón, 742

Casa Argentina Scherrer
161 Suipacha 185

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, para la casa editora Empresa Haynes. Maipú 393, Buenos Aires : : : : :



El sello de elegancia...

de un automóvil es indiscutible cuando está equipado con los poderosos

SUPERNEUMATICOS VACUUM CUP
Unicos en su clase

Estos SUPERNEUMATICOS son inmensamente superiores porque:

— resisten cualquier velocidad.
— son una garantía contra accidentes del tráfico.
— sus **PODEROSAS COPAS** evitan el patinaje en los más húmedos pavimentos.
— sus materiales son asombrosamente resistentes para el trabajo constante y rudo.
— y porque ofrecen el confort indispensable para viajar con **SEGURIDAD** y **COMODIDAD**.

Donde hay un auto están los SUPERNEUMÁTICOS VACUUM CUP

Usted paga por la CALIDAD — — la SEGURIDAD no le cuesta nada.

— Como la venta de estos SUPERNEUMATICOS aumenta diariamente, es un buen negocio obtener ahora la reventa en la campaña.
— Escríbanos o visítenos.

Compañía General de Aceites
Avenida de Mayo, 665 Buenos Aires

SUCURSALES.—Tucumán: Boulevard Avellaneda 675; Mendoza: Catamarca 130; Rosario: Entre Rios 501; Bahía Blanca: Chiclana 420

AUTOLINE
(NON CARBON)

— El preferido de los automovilistas expertos porque aumenta la potencia del motor y ahorra nafta.

— El mejor y único lubrificante que en cada lata lleva adherido el certificado de garantía.